

PQ
8497
S245
P3
1984

UNIVERSITY OF ARIZONA




39001018927098

PASAJEROS

P.S.N.C.
ORCOMA
(1928-1930)

LUIS ALBERTO SANCHEZ



Digitized by the Internet Archive
in 2024

<https://archive.org/details/pasajeros0000luis>

“PASAJEROS”

8497
S245
P3
1984

PASAJEROS

P.S.N.C. ORCOMA (1928-1930)

LUIS ALBERTO SANCHEZ

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

PSYC

ORIGINA

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

PROLOGO

Entonces yo quería escribir novelas. No sé, me sentía en mi elemento, contando cuentos, narrando. Puesto frente a un sueño real o imaginario. Me sentía en el deber y con el deseo de transmitir sus excelencias, frases buenas o malas. Aunque "excelencia" sea un término que designe lo mejor, tengo pami, que cuando se excede la medida de lo común, no importa que sea para bien o para mal, se adquiere la calidad de excelente. Si me equivoco, pido excusas, pero no puedo corregirme porque siento que estoy en mi verdad. Esta, después de todo, sólo admite las mayúsculas cuando deja de ser un hecho y se torna una idea. Pues, yo me sentía un narrador potencial y desde luego anhelaba narrar. ¿Narrar qué?. Se presume que el objeto de una narración debe ser algo señero, no tenía nada señero que contar. Se comprende que Shereazada se pasara el tiempo contando o enhebrando historias. Historia no es siempre un hecho pasado, puede ser un futuro o uno que no es siempre un hecho pasado, puede ser un futuro o uno que no existe o lo que se llama fantaisía. Lo cierto es Shereazada narraba para entretener a su señor y arrancarle mercedes. Yo no tenía señor, ni pretendía obtener ninguna merced salvo la de librarme de mis propios ángeles o demonios. Debe ser terrible el cargo de Angel guardián o Angel de la Guarda, y peor aún, el de estar permanentemente guardado por un ángel o poseído por un demonio. La vida tiene algún significado, a causa de su variedad. El mismo centinela a la vista da la impresión de estar en capilla, morir con capilla previa vale tanto como morir.

En ese afán de narrar algo real o imaginario, me encontraba a bordo del vapor Orcoma de la Pacific Steam Navegation Company, entre el 13 y el 18 de abril de 1930 hace más de cincuenta y tres años, entre Valparaíso y el Callao. El buque era blanco, ágil, de tres chimeneas: la cubierta del buque era de planchas de pulida madera, sufría constantes enjuagadas de los marineros, descalzos y rubicundos que cuidaban de su limpieza. Eramos pocos los pasajeros. La música no estaba mal: tampoco la Biblioteca de a bordo. Desembarqué y fue como si me arrancasen de mi albergue formado repentinamente en cinco o seis días. Sentí de veras dolor al ver el muelle solitario, busqué otro albergue en la narración. Expresar mi sentir fue como recuperar mi sede, la morada de la que me habían extraído.

Dejé las maletas en casa y me reembarqué en un barco anclado, inmóvil, terrestre, en un hotel sumario a orillas del mar: en el Hotel Bertolotto en San Miguel del Mar. Muy cerca de Lima, hacia el sur; y durante un par de semanas me consagré a sacarme del alma o Dios sabe dónde, lo que tenía, una especie de desborde, derrame de suave llanto, sin sollozos ni lágrimas. Tal es la historia de este relato, que ha permanecido más de medio siglo en riguroso enclaustramiento, sin ánimo de verterse, tímido, consciente de su pequeñez e inutilidad.

Entonces vivíamos en fantasías sociales y literarias. Acababa de perfilarse el surrealismo y el freudismo. Yo tenía la sensación de que más que muertos caídos en las trincheras de Francia, de ella habían resucitado, diferentes los espíritus de grandes escritores. Es cierto que había pasado la boga de El fuego de Barbusse, sustituido por la amargura realista de Sin novedad en el frente de Erich María Remarque, Los que teníamos 12 años de Ernst Glaeser, Carlos Llana de Arnold Sweig, Guerra de Ludwig Renn, El Cemento de Fedor Gladkov, Pasajeros de tercera de Klaeber, tantas otras novelas que nos revolvían las entrañas sobre su sanguinolenta espuma se alzaban en espacioso vuelo las burbujas de la nueva novela vanguardista, una de cuyas expresiones hispánicas eran Benjamín Jarnés con su El profesor inútil. Desde otra orilla todavía repicaban en nuestros oídos las lóbregas campanas de las familias espirituales de Francia de aquel empedernido, melenudo e hispanizado vástago de los románticos franceses, Maurice Barrés.

Dentro de estos linderos que en manera alguna fueron fronteras infranqueables, teníamos a la vista una polémica memorable: la del llamado "meridiano intelectual de América latina" que apasionó a los intelectuales, escritores y artistas del continente entre 1927 y 1928. Los grupos promotores de las dos fases fueron el de la Gaceta literaria de Madrid, dirigida por Ernesto Giménez Caballero y respondido por La vida literaria de Buenos Aires, dirigida por Samuel Glusberg más conocido como Enrique Espinoza; y por Contemporáneos de México D.F. dirigido por Jaime Torres Bodet, Gilberto Owen y Xavier Villaurrutia. En Buenos Aires destacaban los grupos Proa, Martín Fierro y Nosotros.

Ricardo Güiraldes fallecido en 1927 era el exponente más grande de la prosa poética argentina, como Jorge Luis Borges de la Poesía imaginista; Macedonio Fernández quien emanaba originalidad y paradojas creativas y eso que los porteños llaman la "cachada"; Leopoldo Marechal señalaba un camino de novedad y el ya mencionado Jorge Borges afirmaba su juvenil entusiasmo criollo en Luna de enfrente y Fervor de Buenos Aires. Pero lo más interesante nos llegaba de México y Madrid tanto como París. Varios libros mexicanos me tenían encandilado y despertaron mi apetito de escribir lo que escribí entonces. En realidad la presencia de Proust y Joyce se imponía en forma inexorable. Se trataba de una narrativa morosa, metafórica, introspectiva, monologadora. A menudo diluía las figuras en reflexiones y sondeos y periplos psicológicos, si bien la deliciosa lentitud con que Swann refiere sus experiencias soberanas en aquel París de 1890 resulta inimitable, no es menos exacto que las aproximen a semejante modelo, bastan para destacar sus relieves y claros, bien dirigidos estos.

Leí además, Return ticket del estupendo maestro mexicano de la ironía, Salvador Novo, me gustó y pensé en hacer algo semejante con mi reciente experiencia en el Orcoma PSNC. Me sentía en la obligación de traducir todo esto. Sin aguardar más empuñé el asa de mi Remington y me instalé en el Bertolotto allá por el 20 de abril de 1930. Mi máquina de escribir era

una Remington portable cuyo teclado se levantaba por medio de unas palanquitas y la convertían en una especie de paraguas abierto mostrando sus entrañas de acero y plomo. Golpeé las teclas como un desesperado. Al fin concluí el texto: lo releí, me satisfizo y lo guardé: cincuentaitres años ha permanecido en riguroso ayuno publicitario. Helo aquí en vivo y en directo como se dice en lenguaje televisivo.

—¿Por qué ha roto ahora su voto de castidad?

Por simplísima razón: constantemente recibo la visita de jóvenes a quienes he dado a leer estas páginas y las encontraron resueltamente publicables y han insistido en que lo haga. Como esto me halaga y empiezo a ser vanidoso, y un poco culpable ante el pasado y el episodio que Pasajeros u Orcoma PSNC evocan, he cerrado los ojos a la retiscencia crítica y lanzo a estos hijos míos al piélago de la censura y la negación metódica.

Ahora, a tanta distancia de los días que escribí el trémulo relato siguiente, confieso que no lo publiqué a consecuencia de un acto de inseguridad, por timidez, por recato, por afán de perfeccionarme. No lo he hecho: éste que leeréis enseguida es el texto original sin aditamentos ni remiendos: aquí está, impúdico y temeroso en su insobornable desnudez: lo malo es que en todo ello va mucho de mi sentimiento.

Miraflores, 12 de octubre de 1983.

Luis Alberto Sánchez

"ORCOMA P.S.N.C."

(NOVELA)

1. ULISES RECIBE UN RADIO

Mientras el chirrido de las poleas y el pausado traqueteo de la máquina, estremecían al barco —un tradicional paquete inglés, de esos rituales R.M.S., línea "O"— frente al puerto miserable de aguas inmóviles, Ulises —pasajero solitario— medía el puente a grandes trancos de sajona parsimonia. Grandes trancos de ritmo rigurosamente isócrono. Compás isócrono y molesto, o mejor, moleestamente isócrono, compás de hombre insomne, como cuando, trancos de ritmo rigurosamente isócrono. Compás isócrono y molesto, o mejor, moleestamente isócrono, compás de hombre insomne, como cuando, roto el sueño, tenemos que apelar, en medio de la noche, a la incierta medicina del paseo por la alcoba. Paseo nocturno en la alcoba: gitano engrillado, avión sin alas; mas, no era nocturno este paseo de ahora, sino bajo un fulgurante cielo de verano, rumbo al trópico.

Roncaban las poleas, atentas a las urgencias de la bodega, abierta de par en par en un largo devorar toneladas y toneladas de metal boliviano. Subían, en pirueta grotesca, veinte pacas apretadas de estaño, y luego desaparecían en las fauces de la bodega, dejando a las poleas ayunas, flacas y como beatas en días de abstinencia. Ni un instante cesaba aquel ir y venir, ensayo de malos acróbatas. Algún gringo absurdo se atrevía a leer en el "Verandah café" a pesar del ruido. Seguramente a Fenimore Cooper... El pasaje medía su aburrimiento con pausados vaivenes por cubierta. Pasaban grupos, parejas abrazetadas, algunos solitarios, fumadores de nubes. Los más entusiastas, es decir, los menos capaces de tolerarse a sí mismos, organizaban paseos en lancha —una de las lanchas salvavidas de a bordo que, merced a insólita gentileza del **captain** —el rubio, fornido y vacío Mister Harvey— iría a voltejar por la bahía, frente a la aridez terrible de Mejillones, puerto adormilado y sediento bajo el sol abrasador de la mañana. Se iría —¿a dónde iría el **party**?—, se iría, ya está, se iría a visitar el "Lift", viejo velero inglés, dormido sobre las aguas desde hacía mucho tiempo.

Se alistaba la partida. Ellas lucían redecillas y boínas para sujetar la melena rebelde. Ellos abombaban el pecho bajo el **sweater**. El señor que fumaba habanos y masticaba tabaco inglés animó a sus compañeros, soledosos varones de actitud esquiva. Rubias **misses**, francesas delicadas y gagueantes, algunas chilenas de ojos y cabellos negros, descendieron la escala. Zumbó la hélice. Partió la lancha. Desde cubierta la vio alejarse el pasajero solitario —Ulises trocado en **passenger**— y mientras la embarcación cortaba el agua, él prosiguió, impertérrito, su andar a grandes trancos de sajona isocronía.

¿Qué pensaba el nauta trocado en caminante? A bordo le miraban con recelo y burla; y él que lo sabía bien, se encaprichaba en aguzar su soledad. Era un hombrecillo menudo, moreno, de perfil escarpado, y selva sobre la frente. Fumaba cigarrillos y paseaba. Leía y volvía a pasearse. Hablaba fugitivamente con algunos de a bordo. Apenas si cambiaba dos palabras con el Intérprete —ladino por español, tuerto como banderillero—, con su compañero de mesa en el comedor, con un capitán chileno, con el **steward** y nadie más. Al resto de la tripulación la ignoraba. Sabía que existían a bordo una señora opulenta, varias chicas lindas y unos señores parlanchines. Había además algunos viejos que hablaban permanentemente de negocios, para no perder la costumbre. El había bautizado al rincón predilecto de estos señorones, con el simbólico nombre de "La Bolsa". Desconocía totalmente como se llamaba ningún pasajero; porfiaba en no saberlo. Los había denominado ya con apelativos especiales. En su mundillo interno, cada cual tenía una filiación exacta. También había tratado de hallar una explicación satisfactoria para su apartamento. Ulises —autonombre, por no deberle nada al Registro Civil— gustaba malabarizar con los conceptos: los retorció, los aventaba, los recibía nuevamente, luego les obligaba a trazar parábolas y círculos en el aire. De tal suerte llegó a convencerse de que su destino en aquel viaje era el silencio y la soledad. Venía fatigado de charlar, de ejercer un ininterrumpido sacerdocio del parloteo, de hablar, hablar y hablar; lógicamente ahora debía callar, callar y callar. Ulises había sido objeto de escaparate, expuesto a la curiosidad del viandante. Había vivido hacia afuera y de afuera. A fuerza de ello, no recordaba el color de sus corbatas, pero sí había coleccionado colores de ojos. Una de sus camisas era la de los ojos violeta, llamita encendida de un fanal inalcanzable. Otra era la de los ojos verdes, tumultuosa y embriagadora. Y aquella corbata, aquella tan linda, era la de los ojos negros. Todas sus clasificaciones propias eran las ajenas. Lo suyo tenía el nombre y la impresión que deseaban los demás. Ulises, antes de ser el pasajero solitario, había sido el pasajero-vitrina. Cada uno de sus pensamientos había huido y él solo pensaba con ideas de los demás. Lanzado hacia el mundo, proyectado hacia afuera como por un resorte, poseía las propiedades y gestos de esos muñecos que, en las cajas de sorpresa, deben sorprender a los niños y a los incautos, pero que, de puro simples, resultan sorprendiendo a los más avisados.

Y ahora, en venganza, Ulises —litera número 396— pretendía recuperar su personalidad. Recuperarla de veras y, para ello, dejar de ser un nombre para ser nada más que un número: el de su litera, el 396. Porque el nombre, ya lo sabía, despersonaliza y se convierte en signo de tráfico. El nombre, su nombre, aun el convencional de Ulises, le daba aptitud de traspaso, posibilidad de compraventa, carácter circulatorio, valor de cambio. Su nombre era el signo penal, la condición necesaria para convertirse en moneda; la inscripción indeleble, la tarjeta de visita, pregonadora indiscreta, sirena, bocinazo,

claxon, piteo, campanada, estruendo, anuncio, exteriorización. Al contrario, se refugiaba, consolado y fuerte, en el número. El número le devolvía su personalidad, el disfrute absoluto y pleno de su ser. El número tendía una escala para que se evadiera, prófugo de sí, de los demás. El número le devolvía a su realidad; lo aislaba y lo relacionaba: lo aislaba en el número, es decir en lo absoluto; le relacionaba solamente con otros números, el 395 que le antecedía, y el 397, que iba tras él. Pero, como el 395 y el 397 correspondían a literas vacías, el señor 396 se encontraba nuevamente solitario, pues que hasta el número —aptitud de multiplicación y suma— repudiaba todo enlace, todo acoplamiento, toda sumersión de sí en otro.

Ahora, el señor 396 medía su soledad —o su aislamiento— a grandes pasos. Pasos de inglés, isócronos y grandes; trancos antes que pasos. Sobre la cubierta, húmeda aun del baldeo cotidiano, deslizaba su apartamiento lo multiplicaba por 2, por 3, por 6, por 20, por cada paso, pues cada paso era una representación y una confirmación de su soledad. Soledad por soledad —pian, pian, pian— paso + paso + paso + paso = Infinitos pasos, infinitas soledades, infinito ritmo, **Infinito**.

A lo lejos, navegaba, espuma en popa, la lancha que la inesperada gentileza del Captain Mister Harvey, había brindado a los argonautas, en pos del viejo "Lift". Sin interrumpir su paso, su multiplicación y amontonamiento de soledades, 396 columbraba la marcha de la lancha. Y la bullanguera tripulación que la llenaba.

La primera, en popa, era la señora Sirena: rubia, alta, maciza, de piernas torneadas y fuertes, azules y audaces ojos, boca retadora, avanzada mandíbula, cabellos ensortijados color de miel; amotinados los senos bajo el blanco **pullover** matinal; largos trancos, marcha germana: amor intenso de recién casada con el señor Pulsario, que iba a su vera, cogiéndola del brazo como si presintiera el porvenir. Porque el señor Pulsario no podía dominar a la señora Sirena. El señor Pulsario era un hombre simple, fuerte, rubio y optimista, con el ingenuo optimismo de la cerveza clara y de todos los blondos del mundo. Se quejaba de la vida sedentaria y apretaba mucho a toda hora a la señora Sirena, que se dejaba hacer complacida, voltejeando los ojos provocadores a los cuatro, a los ocho puntos cardinales: **Stella matutina** trocada en estrella náutica, o al revés. Junto al señor Pulsario y a la señora Sirena, se inclinaba, curiosa y grave, la señorita Esfinge: cara araucana y enigmática, de ojos hondos y perfil hombruno sobre un cuerpo de gigante; paseandera incansable y solitaria sobre la cubierta. 396 pensaba ¿qué raro maridaje sería el de sus dos soledades, pero felizmente ya había asomado las narices, junto a la señorita Esfinge, un rubio chileno, de esos alemanes que por azar nacen en Chile y que, desde jóvenes usan calva, gafas redondas con arco de oro y zoncera. Al lado de la señorita Esfinge, 396 distinguía a la señorita Mañana: rubia, perfil de camafeo, perfecta como se la mirase, y tan

soñadora como perfecta, segura de su belleza; sonreía a menudo, porque se le hacían dos hoyitos en las mejillas, dos pobres hoyitos vacíos que hubieran deseado llenarse de besos, en una de aquellas románticas noches lunadas. Esta señorita Mañana tenía por padre al señor Burgués, el cual anhelaba con todas las fuerzas de su otoño, un pasajero que hablase alemán. (Los alemanes de a bordo sonreían discretamente y charlaban en francés). También se erguía, cerca de la proa, la señorita Insondable. La señorita Insondable vestía un conjunto de falda negra y sweater amarillo, dibujado en punta, y era un adorable motivo ornamental que 396 miró despaciosamente, paladeando la visión deteniéndose en ella con regalo. Era alta la señorita Insondable; alta y esbelta; flexible —“talle de palmera”, como dice la Escritura—; de ojos negros, expresión cambiante, pero en el fondo meditativa. Peinaba en bandós los cabellos nigérrimos. 396 había visto ese perfil de la señorita Insondable alguna vez... sí, quizás, en Cleopatra. Exactamente, el defectillo de aquella nariz aguileña podría, también, perturbar un chico mundo. Aunque más no fuese que a un mundo interior. La señorita Insondable miraba hacia el Lift. Cerca estaban los demás excursionistas: los esposos Film —él, ágil, de bigotillo de actor, ojos traviesos y persecutores; ella vestida de negro, pantorriillas aun informes, melena rebelde, las manos añorando una muñeca, los pies clamando por patines, los labios suspirando por el juguete bebé—. Iba también el Intérprete chulo. Iba además un marino parsimonioso, de ojos glaucos, cuya generosa delectación consistía en enseñar el **bridge** a las niñas solas y bonitas de diecisiete años, sobre el puente, a la hora del crepúsculo.

Todas reían en la lancha. Y 396 los vio como subían, vociferando profanamente, a la vieja fragata inglesa...

Resonaban los pasos con más fuerza, isócronos siempre y siempre sajones la cubierta del “R.M.S. Orcoma”. 396 hervía de santa indignación y justísima pena ante aquel sacrilegio. Viejo velero profanado... En vano, a su lado, la Señora Comandante tendió la red de un saludo, y el Señor Compañero lanzó el anzuelo de un comentario. No, él quería, hoy más que nunca, estar solo, totalmente dueño de sí, no perder el amargo privilegio de su autodeterminación. Paso-paso-paso... pian-pian-pián... Soledad-soledad-soledad. Se duplicaba la fuerza de los pasos, siempre isócronos, y hoy, además más rabiosos. Ahí estaba él, tascando su ahora creciente urgencia de platicar. Huía del diálogo, por conservar su propia esencia, libre, al fin, de la piratería de los demás. ¡Cuánto, cuán grande esfuerzo para tan pobre resultado! Pues era, en realidad, muy pobre resultado éste de obtener nada más que su liberación en el hablar. Parapetado tras de su número, vivía emancipado del rol de a bordo, dueño de asignar a cada cual el nombre que mejor le pareciera. 396 no había querido detenerse, blanco de setenta miradas. Y en la noche, cuando el señor Pulsario bailó con la señorita Mañana, 396 sintió el impulso de pedirle un tango a la señorita Insondable o a la señora Sirena. Mas, entonces, pensó, habría sido necesario que se convirtiera en el Señor Ulises,

y él estaba resuelto a no abdicar de su número.

Pateó la cubierta, en vez de pisarla. Tres gringos **spaghettis** atacaron por milésima vez el jazz de **Rose-Marie**. Salieron las parejas, desafiantes y marcaron los primeros ritmos. Pian-pian, pian, paso, paso-paso. 396 cavilaba, indeciso, si pediría el siguiente baile a la señorita Insondable, a la señora Sirena o a la señorita Mañana. Tendría que cancelar su número, adoptar un nombre, el suyo, otro distinto, pero, de todos modos, un nombre...

“Tango entre el señor 396 y la señorita Insondable”. No, eso quedaba mal, definitivamente mal. “Jazz entre don 396 y doña Sirena”. Mucho peor. ¿Cuál sería el número de la señorita Insondable?. “Tango entre el señor 396 y la señorita 341”. Pero, ¿sería realmente 341 la señorita Insondable?. Sería 486 —silueta en guarismos— la señora Sirena?. Tal vez. En todo caso, el número transformaría la sustancia de la señora Sirena —labios golosos y sensuales, piernas de atleta, senos para amamantar al mundo, cuando fuesen fecundados. Y la señorita Insondable: ¿no se rebelaría su esencia mística, criolla y melancólica, ante el número materialista, arábigo y optimista como un contable? Qué aberración. La señorita Mañana —mañana, vaguedad— rechazaba la precisión del número-número, concreción. No. 396 estaba muy bien así: preciso e ignorado tras de su cifra. El no abdicaría por nada —lo proclamaba el ritmo isócrono, sajón y furibundo de sus pasos— del anonimato y de la soledad en que se había refugiado... Ya regresaba la alegre expedición del viejo “Lift” herido. Ya repiqueteaba, al golpe de múltiples pasos, la cubierta pulida del R.M.S. Ya se poblaba de comentarios y de sillas de extensión la cubierta. Mientras el camarero, atento por maquinalidad, empujaba el carrito cargado de tacitas de humeante **consomé**, y la señorita Mañana pronunciaba el centésimo “Please” de su parvo repertorio inglés, surgió de una puerta la voz —la voz tan solo, porque 396 no vio sino la voz— del **groom** portador de un marconigrama:

—El pasajero del 396, el señor Gutiérrez.

Todos volvieron los ojos hacia el pasajero solitario, hacia el heroico Ulises. Bruscamente descubierto, avergonzado de su nombre, de la revelación; roto el ritmo isócrono de sus pasos, el señor 396 tendió la mano, y hasta una propina —el pago a Judas— al vocinglero Mercurio.

Junto a la pasarela, más tarde, el señor Gutiérrez dialoga con el señor Pérez, la señora Morales, la señorita García. En cuanto se liberta del amistoso cerco charlador, vuela a su cabina para escribir el epitafio del 396 —aseinado de un grito por un groom implacable—, y tejer la elegía del señor Pulsario, la señora Sirena, la señorita Insondable, la señorita Mañana, y el señor Burgués.

El R.M.S. avanza, tozudamente, proa al norte.

2. ULISES ENCUENTRA A NAUSICAA

Fresco y salado —salado, sí, porque las duchas de a bordo ignoraban la dulcedumbre del agua urbana— Ulises ha subido a la cubierta de paseo. Su reloj sentimental marca a la hora cenital, pero no coincide con el reloj de a bordo, disciplinado y realista marino inglés. Ulises no encuentra a nadie y ello le conforta. Así puede recuperar su voto, leer un vulgar libro de Emil Ludwig, —“Le fils de l’homme”— con cuya carátula piensa asustar a los timoratos de a bordo. Adrede, coloca la portada muy visible. El que no quiera enterarse tendrá que transigir y comprender que aquella “*Vie d’un prophete*” se refiere a Jesucristo. Los sajones de a bordo sentirán el disgusto de un libro judío en barco puritano.

Al cabo de un rato, comienza a poblarse la cubierta. Todos los que llegan tienen el rostro satisfecho, de quien ha concluido honrosamente su copioso breakfast. Solo Ulises se ha negado a capitular ante aquel alimento extraordinario. Ulises prefiere sentirse ágil y apto para una larga travesía a nado. Porque en su anterior encarnación homérica aún vive la memoria de Circe y de Calipso. Mas, he ahí que surge Nausicaa.

Es la señorita Insondable. Su jersey polícromo ciñe maravillosamente la fina silueta. Nausicaa, tímida virgen, tenía formas más rotundas, porque no había practicado el deporte. Si Nausicaa hubiera jugado tennis y se divertiera horas de horas en este rastrero **golf-deck** de a bordo, habría estilizado la curva plena de sus caderas, la redondez de su seno, la suave curva de sus muslos. La señorita Insondable juega tennis y **golf-deck**. La señorita Insondable sonríe, mientras juega, y, luego se queda pensativa. Ulises ve pasar a todos los pasajeros, mas le detiene el misterio de aquel aire pensativo, y, barco cansado, va a recalar a su rada, digo a su silla, frente al mar.

El mar está cada vez más azulado. Junto al barco asoman el lomo, fugaces delfines, ensayando permanentemente un looping de loop. Delfines y peces-vela, rancias bestias heráldicas, derrocadas por una Revolución Francesa de buques mercantes. Pues, lo irritante no está en que el navío —máquina como la guillotina— derroque al delfín, sino que sean navíos mercantes, es decir, navíos plebeyos, comodones, burgueses, sin historia, pero con ambición y desesperanza. Ulises prosigue su elegía al delfín. Y el delfín retozón que advierte a aquel poeta extático, coqueta asomando el lomo afilado, soslayándose, dándose y negándose a esa mirada incansable de catador marino.

Unos pasos. La señorita Insondable se reclina en la silla vecina de Uli-

ses. La señorita Insondable debe saber ya que Ulises es el señor Gutiérrez, con destino al puerto del Callao. Mujer, debe haber experimentado la curiosidad de leer la tarjeta atada al respaldo de la silla: "Mr. Gutiérrez, —To Callao.— 3 s. 45 d." Y Ulises no se atreve ni a alzar los ojos del libro, porque la señorita Insondable no puede menos que sonreír de la vecindad de un Gutiérrez. Y Ulises se levanta a pasear.

Pasea, pero al acercarse a la silla auspiciosa, desearía sentarse nuevamente y decir a la señorita Insondable: —Mire, señorita Insondable, yo soy Ulises y no Gutiérrez. Gutiérrez murió en el puerto. Le mató el representante de Exprinter por una cuestión de pesos. Yo tomé su boleto y su nombre, pero en realidad, yo soy otro; yo soy Ulises. Es decir, cuando subí no tenía nombre sino número, pero, luego, experimenté la tragedia del viaje, la esperanza en Penélope, la nostalgia de Sheherazada, la veleidad de Circe, y me di cuenta de que me llamaba Ulises. Ulises no es lo mismo que Gutiérrez. 396 sí es el mismo Ulises, es decir yo. Ulises, pues, señorita Insondable se ha embarcado en un buque inglés. En estos tiempos, Penélope tiene admiradores más numerosos y veloces que en aquellos tiempos de Homero. Si no, tal vez (cuando encarnado en Ulises: yo Ulises), habría medrado un poco en tierras de Circe, (Ulises corre de prisa porque Sheherazada es locutora de radio, y Rimsky Korsakov compone para la Victor Recording Co.) aun a riesgo de trocarme en apacible y regalado cerdo. Ulises va de regreso, porque Telémaco no pierde el tiempo ahora en navegar buscando padre. ¿No sabe usted quién fue Nausicaa?. Señorita Insondable, Nausicaa es usted.

La señorita Insondable, trocada ahora en Nausicaa, continúa leyendo, pero seguramente ha escuchado algo de este monólogo interno de Ulises, porque levanta los ojos del libro y mira al paseante. Luego se marcha. Después retorna. Ulises forja la respuesta de Nausicaa, siguiendo el ritmo de su inquietud visible:

—Oigame, Ulises, no sea volcánico. Piense que soy una virgen de corazón muy tierno y me llena de pavor su tempestuoso arrebato. Comprendo su prisa por llegar, en estos tiempos en que ni Penélope podría demorar su tejido. Porque usted sabe, Ulises fue tan desaprensivo que le compró una máquina de tejer, y la infeliz no tendrá tiempo de deshacer su telar cada noche. Telémaco no buscará a su madre, si lo pudiera, tal vez me buscaría a mí. No pierdo la esperanza de bailar un tango con Telémaco, mientras usted Ulises sigue dando vueltas por la cubierta, huyendo de mi compañía, y fumando esos detestables cigarrillos de tabaco negro que huelen a todo menos a tabaco.

—Nausicaa...

—No proteste, Ulises: peor es cuando le da usted por sentarse en el smoking room y empieza a apurar vasos y vasos de topacio, quiero decir whisky and soda.

—Nausicaa...

—No me nombre así. Si yo no hubiera sabido que existía Penélope, le habría pedido que me hiciera el amor; pero ya no. Usted es capaz de sentirse enamorado, porque los meridionales sois demasiado vehementes.

—Nausicaa...

—Nausicaa sigue de viaje, contagiada de errancia. Y Ulises quedará anclado, viejo pintón en donde se guarecen gaviotas y pelícanos. Gaviotas y pelícanos, sí, o alcatraces como les suelen llamar los naturales. Gaviotas, viajeras, añoranza perpetua. Pelícanos reflexivos, filosofía del andar andar. Usted Ulises quedará convertido en guardián de pelícanos y de gaviotas. Yo, la suave Ruth, la dulce Nausicaa de otros tiempos, yo soy la que continuó la marcha.

—¿Jugaremos un cacho, señor...?

—Ulises —añade de inmediato el señor Gutiérrez.— Vamos a jugarlo.

Es el señor Pulsario quien le invita. Por un instante se ha libertado de la señora Sirena, o, mejor, la señora Sirena se ha evadido del señor Pulsario, y en su abandono acude éste a la pueril medicina del alcohol. Evidentemente, el señor Pulsario no tiene destreza coctelera, aunque sea visible su entrenamiento atlético. Coge el cubilete con fuerza y arroja los dados, como quien lanzara el disco en campeonato, porque el señor Pulsario ha sido campeón de lanzamiento de martillo. Para que nadie lo dude, camina balanceando el torso, con los brazos arqueados y en mangas de camisa. Ulises, que le observa, echa sus dados. Comienza el torneo. Nausicaa con la señorita Mañana se pasean por cubierta. Ulises gana la primera vuelta. Continúa el duelo de dialéctica y de azar en la cantina. El señor Pulsario demuestra tener ciertas dotes persuasivas en aquel poker chileno. No en vano se llama el juego "Capitán manda", y el señor Pulsario es capitán de carabineros.

—Tres senas, yo mando.

—Tres quinas: le ofrezco.

—Juegue usted, no acepto nada.

—Dios castiga la soberbia: insisto.

—Nos vamos arriba.

—Vuelvo a insistir... ofrezco.

Y sigue el diálogo, entre fórmulas de cortesía cabalística y chistes de cantón. Pero, aparece la señora Sirena, rotunda y absorbente, los ojos azules muy abiertos como para abarcar el horizonte, y el señor Pulsario —que la llama, tiernamente, "mi buey"— siente que se le apaga la sed al instante. Ulises ha perdido el cacho. Cuando se queda solo, después de este rapto inverso, prosigue tirando los dados en un solo de cubilete tan elocuente, que el camarero no vacila en tenderle el **ticket** con el consabido lápiz para la firma. Ulises escribe solamente: 396. Luego enreda un jeroglífico. El camarero se cuida interpretarlo con arreglo a la ciencia contable: señor Gutiérrez. Nausicaa ha desaparecido del horizonte.

Al atardecer vuelve a cubrirse de paseantes la cubierta. Casi todos se acodan a la pasarela de babbar, atalayando el horizonte. Ulises ignora qué milagro esperan, pues a bordo no ocurren milagros nunca. El mar es enemigo de lo maravilloso, como las grandes ciudades. En la Escritura, todos los prodigios acuáticos ocurren en los lagos; pequeños lagos judaicos, poéticas ensenaditas nazarenas, en las que los peces tienen cierto aire beato, contagiado del tierno ambiente. La pesca milagrosa y la marcha sobre las aguas suceden en el lago. Lago Tiberiades, Lago de Nazaret, todos esos lagos bíblicos, en una tierra en la que los pechos tentadores parecen dos ternos cabritillos, según el Rey poeta; la Amada parece una gacela, y huele a mirra y sándalo y ambrosía el olor de mujer. El lago y la aldea se completan: toda religión nace en una aldea con lago al lado, porque sin lago y sin aldea, no hay perro fiel, corderos poéticos, creyentes ingenuos, lobo traidor, mujeres castas ni una pecadora públicamente reconocida. No se explicaría a María Magdalena sin aldea y sin lago. Tampoco a Marta y María. Ulises se sobresalta: ¿Marta y María? Porque, una vez que por obra del groom y el marconigrama; —el trabajo y la ciencia, interpreta su simbolismo congénito— quedó transformado de 396 en el señor Gutiérrez, creyó que lo más lógico sería revisar el rol para averiguar quién era la señorita Insondable trocada ahora en Nausicaa. Y de todo el pasaje, sólo no pudo identificar tres nombres: Filomena, Doris y Marta. Un rápido sistema de eliminación le llevaba a sospechar que Nausicaa era la tercera incógnita. En el logaritmo de lo intuitivo, Marta parecía viable como una solución. Ulises ensayaba el planteamiento del teorema, pero, resultaba demasiado simple para ser científico. Era como esos saldos en números redondos que no pueden ser exactos, porque el número redondo sí existe en las matemáticas y en la realidad, no debe existir en el comercio de los hombres. Un saldo debe ser siempre como lo formulan los ingleses, que, por algo, son los reyes de estos menesteres: 15 £ 11 s. 4 d. Escribir en cambio: 16 £, no es serio, en lo absoluto. Así era la operación logaritmopsentimental que Ulises había resuelto: Filomena es nombre de una mujer gorda, o de una rubia delgada; Doris, forzosamente tiene que ser el marbete legal o cariñoso que distingue a aquella gringuita, esbelta, de silueta varonil, aficionada al piano y a los duos con los pasajeros. Luego —así enunciaba la solución— Nausicaa se llama Marta, pero Martha con h, lo cual es diferente a Marta sin h, o sea la Marta tradicional.

Junto a la barandilla, el pasaje seguía en espera de un milagro. Ahí estaba Nausicaa, conversando y riendo, guiñando los ojos negros, mientras la señorita Mañana mostraba los dos hoyitos de sus mejillas y la esposa Film ostentaba con infantil optimismo sus pobres pantorrillas de contorsionista adolescente. Ulises se aproximó, y sólo entonces logró saber que el milagro consistía en poder desembarcar a comer en tierra, porque el mar se había propuesto dar la contra a los pasajeros, y combatir sus ansias milagreras exacerbadas por la Semana Santa. Ulises ensayó un sofisma, que tuvo buen éxito porque se ahondaron más los hoyitos de la cara de la señorita Mañana:

—Estamos fuera de la jurisdicción del Papa...

Nausicaa se volvió sorprendida a mirarle —otra vez convertida en señorita Insondable— Ulises, fingió interpretar una pregunta y respondió, dirigiéndose a ella:

—Porque el señor le dio poder a Pedro para que atara en la tierra lo que él atara en el cielo, pero no hablaron del mar...

Sonrisa de compromiso. Sin embargo se había roto el hielo por obra del Papa. Nausicaa escuchaba todavía con los ojos y la sonrisa. Al señor Pulsario no le pareció bien la herejía, como cumple a un devoto funcionario policial, cuya mentalidad por fuerza debe evitar interpretaciones.

—Eso no está en la Biblia —indagó entre tímida y alarmada la señora Sirena.

Ulises, totalmente literario y mentiroso, aventuró cursilerías:

—En la Biblia corriente, es decir, en la Vulgata no, pero, posiblemente Oscar Wilde, que adicionó las parábolas sagradas, porque los evangelistas tenían mala memoria, sería capaz de...

Nausicaa y la señorita Mañana iniciaron la retirada, ateridas bajo el chubasco evangélico. Ulises truncó la frase y fue a refugiarse a proa, para vislumbrar el puerto, también él en espera del milagro no llegado.

Surgía rotundo, sobre el cielo celeste, el perfil no petreo del Morro de Arica. Rocas grises, con vetas de amarillo intenso y tonalidades azulencas a retazos, cortada a pico sobre el mar embravecido. Otro Morro, esbelto se alzaba cerca de él, como cirnéndose sobre la población. Orgullosamente, el señor Pulsario dijo en voz alta para que le oyera Ulises: "Es el Hotel Pacífico; tiene seis pisos" — Y Ulises vengativo y súbitamente patriota, indagó con adorable ingenuidad: —¿Es verdad que en invierno, toda la población se refugia en él, y lo deja vacío en el verano?" — Nausicaa y la señorita Mañana, hermanadas, sonrieron otra vez. Luego se anunció con un bocinazo la lancha oficial. Enseguida, Ulises se encontró elevado a la categoría de viajero deseable: el comandante Espinosa le invitó a ir a tierra, y aunque Ulises creyó ver en ello una celada homicida, recordó los viejos tiempos de Caribdis, y calándose la gorra de turista —uniforme universal, encubridor de cursilería, esperó junto a la escala su turno. Desde el suelo, una fotografía le hizo un guiño. Tres muchachas que no conocía se reían de él, desde la foto. Entonces, parsimonioso y cortés, preguntó a Nausicaa que, en ese instante, —abrigada y con sombrero, se hallaba junto a él—: "¿Tal vez suya?" —No, señor Gutiérrez. Y Ulises vio rodar por los suelos su castillo. Una vez más el señor Gutiérrez se vengaba de la preterición. El señor Gutiérrez asesino de fantasías, funcionario policial, refinado con la ficción, antipoeta, antimetafórico, especie de gendarme de la realidad. Dos homicidios llevaba sobre su conciencia burguesa de hombre estolido: primero había sido el de 396, asesinado por él con la com-

plicidad del groom; ahora caía, fulminado Ulises con la complicidad del con-
tador, ese ridículo **Purser**, serio, estirado y solemne, autor del rol de pasajeros.

Sin embargo del golpe, Ulises no se turbó. Ante un enemigo tan astuto, como el señor Gutiérrez, Ulises resolvió adoptar una táctica artera. Fingió haber muerto, pero, en silencio, arrastró a Ulises y le infundió nueva vida. Ulises viviría escondido, para él, único ser que le perteneciera plenamente, como Nausicaa sería suya, aunque Martha —Martha con h—, lo ignorase. La venganza de Ulises sería terrible. En vano el señor Gutiérrez y Martha conversarían por la cubierta. Ulises, a espaldas de ellos, raptaría a Nausicaa. A bordo no existían ni agencia de pompas fúnebres, ni Registro Civil. Por eso, nadie se había percatado de la doble defunción de la señorita Insondable y del señor 396. Y cuando el señor Gutiérrez y la señorita Martha descendieron por la escala hasta la lancha, Ulises agazapado y protervo, les acompañó urdiendo una nueva treta para burlar al groom, al **purser**, y asesinar al ridículo y pedantesco señor Gutiérrez.

Iquique—Arica
15 y 16 - 4 - 930.

3. QUE NO LO SEPA EL STEWARD

Ahora Ulises, de regreso al barco, sentía rota su soledad. Al principio había tolerado el diálogo, mas, luego, él mismo había ido en busca del coloquio. A su lado, Nausicaa hundía los ojos en el mar. Un puñado de luces alineadas disonaba en la negrura de la noche, y entre las luces más altas, surgía el atontado compás de un jazz, el jazz de los tres gringos spaghettis de la orquesta ultravictoriana. Más arriba de todo, como un lucero prendido sobre el barco, el faro del vigía destilaba su huérfano fulgor. Ulises y Nausicaa se miraron. Nausicaa "la del lindo peplo", como decía el viejo Homero. Lindo peplo moderno, el jersey polícromo, y aquel otro jersey *gelb und schwarz*, como decía uno de los alemanes del pasaje. Ulises, ex-396 y ex-Gutiérrez. Porque, en la travesía por el poblacho, y en la terraza del Hotel Pacífico, Ulises había persuadido a Nausicaa de que Gutiérrez no existía, por lo menos para él.

Mientras Nausicaa y sus compañeros se mudaban de ropa, Ulises convertido en Frégoli, se entretuvo en revisar los libros del salón social. Eran libros contradictorios. En el estante inglés se alineaban Macaulay, Shakespeare, dos tomos de Shaw, Bulwer Lytton, Shelley, Lytton Stracchey Cooper, Wells. En el estante castellano, el "Goya" de Ramón, "Abel Sánchez" de Unamuno, los "Episodios" de Pérez Galdós, un Quijote, varios Valera, una versión de "Fausto" y un Homero. Nada de "Las mil y una noches". Al punto Ulises pidió "La Odisea". Doris levantó los ojos asombrada, el señor Burgués sonrió. Y Ulises, tímidamente hojeó la Rapsodia sexta, aquella donde aparece Nausicaa y recoge al vagabundo Odiseo. "Quizás haya recogido

a un hombre de lejanas tierras que iría errante por haberse extraviado de su nave", temía Nausicaa que dijeran las gentes maliciosas. Ulises se puso soñador.

—¿No sube a cubierta?

Ulises cerró de golpe el libro, repentinamente ruborizado.

—¿Qué está leyendo?

Recién entonces se dio cuenta de que nadie sino Ulises, conocía a Nausicaa. Y con descaro pudo responder a la misma Nausicaa —“estoy repasando “La Odisea””.

—Yo leo “Pepita Jiménez”.

—Prefiero a Nausicaa.

—¿Una novela?

—Un poema.

—No lo conozco.

—El secreto es sólo mío.

—¿Y a una amiga?

—Está especialmente prohibido para usted, Nau... Martha.

El comandante Espinosa, la señora del Comandante, el señor Pulsario, la señora Sirena vinieron a llevar más parejas para el baile. Los gringos fenicios —no feacios— se mecían al compás de un fox demodé. Ya se perdían a lo lejos, las luces del puerto del conocimiento. Más arriba siempre, una línea luminosa, como faro, la terraza del hotel. Aguas aceitosas, pesadas, densas, negras, zangoloteaban a los flancos del barco. Gringos de smoking con gringas escotadas apostaban a bailar a pesar del balanceo. La señorita Esfinge devoraba la cubierta, a grandes pasos, seguida penosamente por su alemán contrito. En vano esperaba la señorita Mañana un bailarín. En aquel pasaje absurdo, todos tenían apostura de espectadores. Era como un teatro antes de la función: la platea, los palcos, la galería, todo repleto de gente, pero a telón corrido. Porque los gringos no llegaban ni a ser comparsas. A lo sumo, empleados de boletería, con una función intrascendente. Ver bailar a aquellos gringos era un hors d'oeuvre. Se esperaba la pareja criolla que rimara su baile con el espíritu de los demás. Tentado estuvo Ulises de perder el equilibrio de su viaje, porque la señora Sirena, la señorita Mañana y Nausicaa se lamentaban. Fue el señor Pulsario —naturalmente— quien se lanzó al fox: un fox complicado, —uniforme militar en día de parada—, con saltitos inconducentes a la derecha, a la izquierda, adelante, atrás, un fox mosaico, acrobático, y provinciano, contorsionista de circo malo; un fox de recién casado cursi, apretadito y esdrújulo: “Quiéreme”, “bésame”, “tráeme”, “Desvístete”, “tómame”. Los espectadores perdieron la paciencia como siempre que se lee una estrofa esdrújula. Para desagaviarlos el señor Nadie y la señorita Mañana, Ulises y Nausicaa se decidieron a bailar. En ese mismo instante terminó la orquesta. Porque para una orquesta de barco inglés, la música no tiene que adaptarse a un baile, sino que los bailarines de-

ben adaptarse al **tempo** de la orquesta; y aunque todas las parejas inicien la danza un segundo antes de que ellos decidan el final, este final llega al momento marcado. Ulises añoró las orquestas negras caóticas, endiabladas, voringleras que en el "Kelly" y el "Over the top" de Colón sentíanse misioneros del baile ininterrumpido y unánime.

Ya en la cabina —396— Ulises se tendió a soñar. Intentó escribir, pero se cansó al momento. La cabina le era hostil. Recordaba, precisamente, su llegada a ella, en el primer viaje. La despedida trémula, el nudo en la garganta, el whisky postrimero, el persistente silbido de la "tira", desde la lancha. Al alejarse del Callao, mientras una a una íbanse borrando las lucecitas del puerto, una sarta de añoranzas le hacía parpadear, inquieto. Ausencia ya.

—Que no lo sepa el steward —se dijo— al despertar, secando apresuradamente la almohada, húmeda de lágrimas. Llanto de la partida, cuajarón de sollozos, constelación de nostalgias, cuando, a proa, en la soledad de la primera noche navegante, y mientras los pasajeros de otros puertos se arrullan en las sillas de cubierta, cada ola que pasa es un adiós más lacerante cada vez.

Grupos de los que parten, en proa, mirando hacia adelante; grupos de los que parten, en la pasarela, recatándose de la luz, porque casi todos los ojos tienen esas noches un brillo cómplice.

Ulises enjugó la almohada, y ahí quedó, contento, en la firme creencia de haber vencido la pena niña que se columpiaba en su corazón aterido. Entonces, cierto ya de la impunidad, esperó al steward —inquisidor de blusa blanca y acento cortante, con sonrisa por cilicios y bandejas por grilletes—. No tardaría en surgir, pronto a la sonrisa, símbolo perfecto de su Inglaterra, cuya austeridad se rompe en halagos para beber tierras ajenas.

Felizmente, nadie viajaba en la misma cabina. Por la claraboya y a través de la corrida celosía, se filtraba la luz fresca y saludable de la mañana. Alumbraba tímidamente la timidez aun mayor del pasajero solitario. Para acompañarse, acaso, abrió la maleta —vieja maleta, remendada con mimbres de buques, hoteles, aduanas— y extrajo de ella, como de un saco de prestidigitador, retratos, escobillas, papeles, libros, tijeras, peines, más retratos, un mundo de chucherías de inextricable clave sentimental. Las manos acariciaban cada cosa. A la postre se detuvo en un retrato. Luego colocó uno a uno, todos los que tenía sobre la repisilla del lavabo; pero, nuevamente temeroso del steward —su conciencia uniformada de steward, conciencia de lo cursi, incapaz de una ternura, alma de hotel de puerto— los guardó todos, menos uno —dulce sonrisa. A éste lo exaltó, como un reto a la ironía de todos los stewards del mundo, desafiando aun al inllegado, pero seguramente inevitable vecino de litera, que surgiría en cualquier puerto de tránsito.

Y llegó el steward. Penetró con suavidad de gato, casi reptando, bandeja en mano. Surgieron las mismas preguntas de cada viaje:

—Do you prefer tea or chocolate, Sir?

—I prefer tea.

—Fruit also?

—Yes, fruit also.

—What kind of fruit?

—Este... eh... Orange, sí, orange.

Y volvió el steward con sus naranjas, pequeñas, rubicundas y jugosas, pese a la prolongada permanencia en el frigorífico. Sobre la corteza, con un sello violeta habían impreso la palabra trunca "Kist". El steward entró triunfal. Con las **oranges** trajo el té; con el té, la tacita llena de terrones de azúcar; con los terrones, las galletas sin dulce. No vino el pote de mermelada, y Ulises lo extrañó, mas no se atrevió a protestar, porque el steward cumplía sus funciones con dignidad de chante.

Después, el baño sometido a horario. Ulises se convertía para el balista en el señor "Three-six". Tras el baño, el paseo por cubierta. Anduvo hasta cansarse, compró naderías en el **barber shop**, cigarrillos en la cantina. Entonces ya no tuvo nada que hacer, ningún deber ritual que cumplir. Había llenado todos los menesteres, curiosidades y buscas del perfecto pasajero. Alquiló una silla, se tendió en ella, libro en mano, ojos en el horizonte. La gorra de viaje cubrió sus rodillas. Tuvo rubor de sacar de la cabina, su catalejo, su pipa y su máquina fotográfica. Decididamente, podía terminar, ya la travesía, porque no le quedaba nada, absolutamente nada que hacer.

Pasaron a su lado bandaditas de viajeras: rubias y canas, canas y rubias, una sola morena. El Captain inició su partida de golf deck. Con sajona flema, Ulises esperó lo inesperado. Las diez, las once, las doce, la una. Rasgó el aire, un clarín complicado, de bisutería. Almuerzo. Las tres. Siesta. Las seis. Whisky and soda. Las siete: nuevamente corneta.

—Do you please, Sir.

—Ah, como no, Thank you very much.

El día pasaba. Ulises miraba amorosamente el retrato de la cabina. Así, fieles como él, así eran los hombres de carácter.

A la mañana siguiente, se despertó fresco y feliz, pero con todo, un poco desencantado. Le hubiera gustado ser fiel, pero venciendo obstáculos, derrotándose a sí mismo, no de este modo natural. ¿Qué significaba su heroico propósito si carecía de oportunidades para realizarlo?. Nada nuevo le había robado al ritual viajero. Ruborizado contempló el retrato, y se lanzó fuera de la cabina. Tartarin en busca de aventuras.

Ulises recordaba toda aquella iniciación viajera, hoy tendido en el sofá, pensando en Penélope y en Nausicaa. Y también en Circe, la de los ojos verdes y las ancas tentadoras. Pero, no, en esa ocasión, había surgido la señora Tropical, una dama vertiginosa que, por paradoja, se llamaba Nieves. Nieves caminaba por el buque por la noche, quejándose del frío y llevando dos misérrimos perrillos en brazos. Cuando supo que Ulises amaba la literatura le llamó a su mesa y, juntos empezaron a discutir sobre el más allá. El Más allá para Nieves estaba después de la muerte, pero, para este Ulises limitado y socarrón, más allá estaba al ladito, pero sin ubicación alguna ni en el tiempo, ni en el espacio. La señora Tropical contaba historias macabras. Aparecían en sus relatos, historias espeluznantes: toda la vida cubana, las desapariciones de los adversarios políticos en el Morro, echados a la voracidad de los tiburones, el asesinato de un periodista independiente, la lujuria de un sátrapa, horrores que Ulises escuchaba espeluznado. Más tarde, la historia confidencial de la señora Tropical. Cuando murió su esposo —porque ella era viuda— trajo su cadáver embalsamado, remedando a Tutenkhamón, en cabina de lujo, y por la noche, los tres spaghetti de la orquesta solían atacar —tras milagrosa propina—, el “Indian Song” de Rose Marie.

Los mares cambiaban día a día. Se ponían menos azules. El cielo se encapotaba, y, prueba de ello, es que a las once, la previsión sajona, lejos de servir helados, brindaba consomé a los pasajeros. Ulises discutió sobre la cuestión de Chuquicamata, estado yanquilandés en Chile. En Antofagasta bebió café auténtico en el “Río Janeiro”, compró libros sobre Chuquicamata, redactó cables, sacó fotografías. Nada faltó para el manual del perfecto viajero. Al arribar a Valparaíso, la ciudad amenazó desplomarse sobre el barco. Alzó los ojos y la ciudad estaba por doquier, sobre todo arriba. Por las laderas culebreaban los funiculares. Nieves se perdió en la aduana. Y de tal manera Ulises pudo sentirse a sus anchas, rumbo a lo buscado, sin interferencias y sin dificultades. Más allá, Viña, los clubes, mariscos en La Bahía: pasteles de jaiva, locos en salsa verde, ostiones al limón, erizos, langostas, ostras fresquísimas, vino Santa Carolina, el blanco, Tarapacá, un ticket. Y tres horas de tren hasta Santiago.

Todo aquello lo recordaba nítidamente. Nausicaa ignoraba que iba a quedar grabada en la memoria de un memorioso memorialista. Nausicaa a esas horas, divagaría, inquieta, sobre el lecho, conversando acaso con Doris, la rubia de melena varonil, sobre todas las naderías que preocupan a las mujeres. La señora Sirena, en brazos del señor Pulsario, realizaría, sin esfuerzo ni ficción, el voltejeo de ojos, provocadoramente, que usaba sobre la cubierta. La señora Espinosa y el comandante Espinosa, andarían forjándose proyectos. La señorita Mañana, seguramente, dormía plácida, segura de su belleza. Plácido también, su padre el señor Burgués. El pasaje vivía su vida, en medio de la noche. Pero, como el barco se balanceaba mucho, y en la litera, Ulises se sentía como dado en cubilete a la hora del poker, resolvió abrir su clarabo-

ya y contemplar el mar. Rielaba una luna novia. Invitación al romanticismo, que Ulises sentía muy adentro. Volvió los ojos a sus retratos propicios, y entabló un ilusorio diálogo con Nausicaa.

Después sintió deseos de sorber zumo de limón. Cuando empezaba a quedarse dormido, y azulaba el alba, el raca-raca-raca del ancla al desenrollarse lo puso en pie. Olía a mar bravo, asomaba un sol insultante y al frente, contra los acantilados de Mollendo, las olas reventaban levantando castillos de espuma. Pensó entonces, seriamente, en realizar algún acto de heroísmo. Y en zapatillas y pyjama, ensayó un gesto estatutario.

Mollendo — 17 - 930.

4. LA MUERTE DE NAUSICAA

Ulises releía la rapsodia sexta de "La Odisea": "Nausicaa... Tienes descuidadas las espléndidas vestiduras y está cercano tu casamiento, en el cual has de llevar lindas ropas, proporcionándoselas también a los que te conduzcan; que así se consigue gran fama entre los hombres y se huelgan el padre y la veneranda madre. Vayamos, pues a lavar tan luego como despunte la aurora, y te acompañaré y ayudaré para que en seguida lo tengas aparejado todo; que no ha de prolongarse mucho tu doncellez, puesto que ya te pretenden los mejores de todos los feacios, cuyo linaje es también el tuyo...".

"No ha de prolongarse mucho tu doncellez...". Ulises recordó entonces un episodio. Al arribar a Iquique, días antes, Nausicaa, que entonces era la señorita Insondable, paseaba nerviosa por el barco. Subía las escaleras, se quedaba en el salón, volvía a subir a cubierta, bajaba a su cabina, azoraba, con ágil paso de ave inquieta. No la había visto nunca así. Miraba a su alrededor, en espera de algo que temía. La señorita Insondable había sentido la nerviosidad de una espera. Sus ojos delataban —más negros que nunca— azoramiento. Pero, nunca había estado tan erguida, aliñada y sugestiva. Evidentemente, la señorita Insondable tenía un misterio. Por algo el 396 la había llamado así: señorita Insondable. ¿Querría Nausicaa revelarles el secreto de aquella mañana? Porque, después la vio pasear con un militar, llegado del puerto. El militar, de pisada recia, pisada de bota, cabeza para gorra germana, la buscó. Hubo un revuelo imperceptible, que el comandante Espinosa subrayó con una retirada diplomática. Y la señorita Insondable quedó a solas con el militar. "Está cercano tu casamiento en el cual has de llevar lindas ropas", como cantaba el viejo Homero. ¿Sería, por ventura, aquel militar rotundo, todo el porvenir de esta frágil y morena Nausicaa de abordo? Ulises volvió la página, lo cerró disgustado y lo devolvió al camarero, para que lo archivara, definitivamente, al lado del "Goya" de Ramón.

Mañana soleada, frente a un mar rugiente. No se divisaba casi el puerto, oculto tras de las rocas escarpadas, velado por un subir y bajar de tormentosas espumas. Los pasajeros devoraban el breakfast, tras la cantinela de la cajita de música que, en las guías de abordo, suelen llamar con el sojonamente poético nombre de "dulcémele". Ulises, de vanguardia, paseaba solitario por cubierta, estuprando la enésima caja de "Three Castle". Se acordó de James Joyce. En el "Ulysse" —traducción de Valery-Larbaud, etc.— uno de los personajes, llamado Bloom, le dice a Madame Breen: "Quand vous avez choisi votre présent époux, on a dit que c'était la belle et la bête. Je ne vous le pardonnerai jamais".

Tal vez... Estos irlandeses son tan fogosos como los españoles, cuando dejan de ser fríos. El mismo Bloom afirmaba, dolido, a Madame Breen: "Femme, j'en meurs!". Pobre mister Bloom. Y así zurcía en su imaginación dos pasajes de casorio, en ambos Uliseidas: la de Homero y la de Joyce. Ahora, por haber optado por ser Ulises, el señor Gutiérrez veía surgir nuevamente el caso de Nausicaa y el de Madame Breen. Pero, ¿sería posible? Se le ocurrió una metáfora que pudo pertenecer a Sully Proudhon: frágil flor en búcaro toscó. Conclusión: ¿No sería mejor que se rompiera el búcaro?. Por lo menos así habría una nueva oportunidad para que otro Sully, más de hoy día, remozase el lánguido y tristón "Vas brisé".

Ahí estaba Nausicaa, fresca y matinal, los bandós anudados, prendidos sobre la nuca, sonriente y cordialísima. Ulises adoptó un aire de reporter.
—¿Qué tal noche?

Ulises comenzó a pintar los tormentos de una noche en vela, por causa del movimiento del barco. Todavía, pese a su modernidad, Ulises no podía prescindir del prejuicio romántico del insomnio. Pero, ella le atajó, juvenil y contenta:

—Pues, a mí el balance me ha hecho el efecto de arrullo. He dormido espléndidamente. Y eso que el mar está bastante **picadito**. Supongo que no desembarcará, como pretende...

Otro resorte romántico: el peligro de la muerte:

—Creo que, de todos modos —subrayaba la frase— de todos modos iré a tierra.

Otro fracaso del resorte romántico:

—Entonces, seguramente, le acompañará el comandante Espinosa.

Mirando, mirando el mar aterramente, se deslizaba la conversación. Nausicaa vaciló un momento, de pronto acobardada, no por Ulises —él lo veía bien— sino por el recuerdo. Quiso el curioso pedir disculpas, pero ella insistió firmemente. ¿Para qué callarlo? Sí, en efecto, había estado muy nerviosa hasta Iquique. Ya ahora estaba tranquila, se sentía segura —la voz le flaquea-

ba —segurísima de sí— y había sollozos ocultos en sus palabras. De pronto, Ulises se sintió paternal y amistoso, buen camarada sentimental para Nausicaa. Penélope, Telémaco, la cercana Itaca, la rubia y embrujante Circe del señor Fulsario, todo anduvo revuelto en su magin, durante un instante, y tendió a Nausicaa la mirada fraterna que guardaba para las grandes ocasiones, la voz misionera que usaba para los chiquitines malcriados, las palabras insinuantes que despiertan la confianza y emborrachan el recuerdo. Nausicaa no resistió más: y le reveló su secreto.

Escuchaba y escuchaba Ulises, mientras Nausicaa sonreía dolorosamente en la evocación amorosa. Había estado de novia, y ahora se sentía vieja, a los 21 años. Porque, seguramente, si el matrimonio madura, el noviazgo frustrado envejece. Había sido su primero y único idilio. Pero, él era autoritario, y ella sumamente débil. No hubiera podido resistir a la voluntad de él, ríspida y tonante como la de Júpiter. Nausicaa se quejaba blandamente, trocada ya en Martha. No podía llevar su nombre mitológico esta mujercita que cerraba los ojos, fruncía el ceño y sonreía con sonrisa de enfermo, al ir relatando sus cuitas. Había terminado sin quererlo ella, y sin quererlo él. Ambos seguían amándose, pero pesaba ese ripio legal que es la obstinación de unos padres, demasiados cuidadosos y demasiado antiguos para entender semejantes problemas. A ella la enviaban, para olvidar, a Bélgica. Pero, él la había esperado en Iquique para persuadirla de que era el mismo, que la esperaría. Martha aseguraba: —“Ya se acabó, ya se acabó; estoy segura de mí misma... Figúrese que hasta he pensado en el convento porque estoy segura de que nada me queda ya”. Ulises, la oía, mirando con repentina pena, cómo se alteraba en rictus que pretendía ser sonrisa, el rostro pálido de Macarena que, hasta hacía un rato, florecía en gozo, Negros ojos, negros bandós: linda estampa romántica. Amor trunco, espera remota: auténticos temas románticos. Hogar sereno, viaje de olvido: lirismo ingenuo. Toda una novela de Hugo Wast, pero con alma.

Ha muerto Nausicaa. “No ha de prolongarse mucho tu doncellez”, decía Homero. “Quand vous avez choisi votre present époux, on a dit que c'était la belle et la bête”, escribía Joyce. Ha muerto Nausicaa, y aparece ahora Martha. Y Martha prolonga la charla, porque está reviviendo su dichosa angustia, porque Ulises ha usado palabras confidenciales, porque el viaje pasa, porque el mar abrevia, porque Martha es una muchachita muy buena y muy dulce, y porque tiene una pena muy grande que a nadie puede confiar. Ulises la escucha y dialoga con ella. Se presenta escéptico y alegre, pero meditativo y suave. Martha y Ulises se burlan un poco de aquel solitario 396 sólo y austero como un pirata antes del asalto, y de aquella Nausicaa, inquieta al principio y después titubeante gorrión crepuscular. Ya conocen la mutua farsa y pueden contarse muchas cosas. Se confiesan, se escuchan, y hablan de

amores ausentes. Ulises no puede menos que añorar a don Juan. Pero, don Juan no tenía reino, ni Penélope, ni la posibilidad de un acucioso Telémaco que saliera a escudriñar horizontes en procura del padre ausente. Además, a don Juan le cantaron buenos señores de musa fácil y vida plácida: Tirso, Byron, Zorrilla, Ortega y Gasset, Marañón, Molière. Le llevaron al teatro, le regalaron fáciles victorias sobre espadachines malos, y, por ende, tuvo a su lado de Ciutti, Sgagnarelle, y toda la estirpe de "terceros", estilizaciones del lazarillo de Tormes. En cambio, Ulises sólo ha contado con profesores estirados y poetas absurdos. Después de Homero, le han mortificado los señores Croisset, Wolf, una serie de filólogos, y, en fin, James Joyce ha prolongado su aventura inverosímil y complicadamente. Porque Ulises, hombre de aventuras, andariego, perseguido por los dioses, no tiene la astucia como medio de triunfar, sino de evitar derrotas. La vida de Ulises se gasta enteramente en defenderse de malaventuras. Don Juan derrocha la suya en arrebatar la paz a los otros. Ulises, en que ni le arrebaten la que él desea y a la que aspira. Ulises surge preocupado, optimista a fuerza de voluntad y de energía. Don Juan surge despreocupado, optimista porque no puede ser de otro modo. Aquí en este encuentro de a bordo, Ulises mide su propio conocimiento, su astucia sirve para defenderse de sí mismo, más que para atacar a los demás. Es alegre, porque no quiere ser triste. Optimista, para no dejarse vencer. Adentro, adentro está la desgarradora verdad que nadie se oculta a sí mismo y, por ser realmente sinceros, es preciso callar, pues la sinceridad no consiste en decir todo lo que se siente, en sí, sino todo lo que se siente en relación con la realidad... Martha y Ulises continúan charlando. La señora Sirena se imagina un idilio, pero se desengaña al punto, cuando les escucha. El señor Pulsario desearía desembarcar y Ulises se ofrece como experto; a pesar de ello, no logra el señor Pulsario su propósito, porque la señora Sirena por ahora no desea quedarse viuda: hay tanto tiempo en la vida. Tal vez, porque ya se mustió, como flor, la escandalosa torta de novios que, el primer día de navegación, lucían en la mesa. El final de una torta puede convertirse en trascendental y alegórico anuncio de otros desenlaces.

Martha sonrío de las divagaciones de Ulises. La señorita Mañana acude también —los dos hoyitos en las mejillas— a pedir consejos y a cambiar impresiones. Entre ambas, Ulises mira con cierto desdén al barco, al pasaje que le envidia ostensiblemente. "Este peruano..." murmura un hombre de barba cenicienta, chileno parisiense. Ulises se asombra del comentario y querría gritarles a todos: "aquí hay dos chicas necesitadas de amor, vengan a dárselo, que yo no puedo ya ponerme a tono, que yo me quedo en puerto dentro de un día. Vengan, bailarines necios, fumadores tozudos, vengan que aquí está faltando amor; vengan que la travesía dura dos semanas más apenas y hay vidas que perduran tan sólo dos semanas de felicidad". Las dos, Martha y Malena —así se llama la señorita Mañana— desapruaban indignadas la invitación de Ulises. Martha estaba —¿estará?— de novia. Malena sabe que lo estará en cuanto lo desee, porque hay un gringo a bordo, buceando sus rastros.

—“No ha de prolongarse mucho tu doncelléz”, barbota entre dientes Ulises que ha perdido los ojos en el mar.

—¿Qué está diciendo? —protesta Malena.

—Está recitando, ¿verdad? —apunta, maliciosa Martha.

—Sí... a Homero, porque Nausicaa ha muerto.

Las dos se miran asombradas, y, a punto de que, ya en tono compungido, le dieran ambas el pésame, Ulises se yergue en la silla y señalando las inmensas olas que zarandean el buque, exclama:

—Y porque Nausicaa ha muerto, me voy a tierra, a desafiar al océano. Martha y Malena se miran consternadas.

Pisco

18

5. LA FUGA DE “LA PEPA”

Cuando el Comandante Espinosa se halló en la lancha, al lado de Ulises, tuvo una encubierta sonrisa de piedad. Las olas gigantescas jugaban con la embarcación, y el Comandante Espinosa, antiguo marino, recorridor de mares, se jactaba de su pericia, manteniéndose de pie, en la lancha, a pesar del oleaje amenazador. Un **tumbo** descomunal levantó la lancha. Ulises experimentó la sensación exacta de que iban a ser depositados muellemente en la cubierta del barco, al lado de Martha que sonreía, entre asustada y traviesa. Subió, subió la ola, tanto que Ulises alcanzó a leer el título del libro en manos de Martha: “Pepita Jiménez”. Ay, pensó el nauta, que no suba ningún seminarista. Martha pareció comprender la radiotelefonía sentimental y le guiñó un ojo, maliciosamente. A Ulises le pareció, en ese instante de cuita, tan extraño el lenguaje de los guiños, que volvió la mirada al Comandante Espinosa, pero, como éste tendiera la suya hacia la costa inhóspita, Ulises comenzó a manipular su Kodak: ¡Chass! ¡Chass!

Un nuevo tumbo los elevó —caballeros de la ola— para dejarlos caer en una sima de revuelta espuma.

—Fuerte el mar, comandante.

—Sí, pu. Lo meno son tre metro.

Chocaban las olas contra el acantilado, reventando en espumarajos. No se divisaba en donde desembarcar. Peñascos, boyas, botes, espuma. El comandante no quiso sentarse. Ulises, por imitarlo y sufriendo lo indecible, se mantenía en pie. Pensó en el Chaplín de la cuerda floja, en “El Circo”: dolorosa obligación la del héroe. Y este Comandante erguido, firme sobre las piernas vencedoras de mareas...

La quilla afilada cortaba las aguas en tumulto. En el Ponto, Neptuno había parodiado, frente a la isla de los Feacios, al Jehová del Paraíso: "Vagarás, Ulises, vagarás sobre las aguas. "Por primera vez pensó Ulises que, al llegar a tierra podría surgir Nausicaa.

Pero era Semana Santa, y las Nausicaas pueblerinas suelen concurrir a los oficios divinos, para admirar el porte ceremonioso y adusto del Subprefecto, el alcalde, el comisario, el Capitán de Puerto, el Jefe de bomberos, el juez y el director de Beneficencia, Personajes cumbres de un sainete puertano.

—Listo, patrón, gritó el lancharo.

Llegaban de pronto frente a un muro de piedra, gris, u oscuro, oleaginoso, sobre el que chirriaba una grúa, de la cual pendía una silla abacial. Silla ahorcada, balanceándose, móvil, como recién ejecutado. Ante el patíbulo portuario —patíbulo de sillas conventuales— Ulises se vengó con una sonrisa de la adustez del comandante Espinosa. Vaga inquietud fruncía el ceño del marino; en cambio, Ulises retozaba interiormente, con una risa infantil.

—Han ahorcado a esta silla, como entrenamiento.

—No diga, **leseras**, Gutiérrez.

—Comandante, es la pura verdad. Aquí en los tiempos del virrey Ladrón de Guevara ahorcaban a los piratas de Indochina.

—El lancharo interrumpió, rotundo:

—Ya, patrón.

Bajaba la silla, pendiente de la grúa. Era como el sepultamiento del condenado en el mar. No era mala la apariencia del viejo sillón. Fuerte, robusto, forrado en baqueta y con travesaños atléticos, probablemente más de un Prior asentó las carnosas posaderas los días de capítulo, ahí. Y ahora...

—Ya agárrense.

El comandante Espinosa reemplazó al prior, en el asiento. Ulises se aferró a las cuerdas, de pie en un travesaño. Otros hicieron como él. Y en cuanto empezó a jadear, sofocada, la máquina de la grúa, el racimo humano subió, lentamente, preparándose para avionizar. Desde el aire, se veía abajo, la lancha oscilante, mala jinete de potro indócil, como una invitación al descalabramiento. Arriba, la grúa, chirrido, humos. Luego, un viraje en el vacío. Y, delicadamente, aterrizaron de este vuelo imprevisto, sobre el muelle empapado por la marea implacable.

—Dulce travesía.

—Sí, pu.

Por empinada cuesta, subieron a la población. Desde el malecón se divisaba al barco anclado, el mar turbulento, las olas espumosas, el azul, la

inmensidad. Inquietud del puerto subía traidoramente al corazón. Ulises sentía romperse el remanso marino y nacer la inquietud del vaivén humano. Se interesó por las noticias, discutió sobre el cambio, censuró airado por qué no habían llegado el tren de Arequipa con los periódicos del día. Urgía algo externo, acicate del afuera, roto el paréntesis náutico. Había estado tranquilo, metido en su interior como un caracol. A bordo todo había sido interiorización. Las discusiones rondaban temas sentimentales. A fuerza de aislarse del mundo, sin la posibilidad de intervenir en nada, el pasajero aprende el faquirismo, a sentirse espectador. Buda fue marinero, sin duda, solía pensar Ulises, antes que profeta. Cristo fue pescador de lago, metido en el terruño, junto al poblacho, hombre de pasión y reacción, humano más que divino, porque tenía que discutirlo todo en un ambiente terrenal y reducido. Sí, a bordo, el interiorizarse predisponía a la astronomía y al amor. Dentro de un romance flammariónico, habrían sido apropiados protagonistas, Nausicaa, el señor Pulsario, Malena. Las mujeres podían llamarse a bordo, Stella, Aurea, Urania, porque el nombre de las estrellas tiene categoría de soledad. No existe nombre estelar que indique cooperación salvo el de Venus, pero éste es una mistificación para celestizar el deseo de los hombres. A bordo los nombres tienden a ser soledades en pasajera conjunción. Se puede aspirar, a lo sumo, a la constelación — pequeños grupos de cubierta y de cantina. Un apellido de numerosa prole, equivale a Orión o a las Tres Marías. Se puede ser archipiélago, pero no continente, Sirio es siempre el pasajero, elegante, solitario y neurótico, que pasea por cubierta silbando y fumando, con miradas de menosprecio a los demás. Aldebarán se llama, sin duda; aquel Brummel que cambia dos corbatas diarias, captador de corazones, pokerista, cocotero, bailarín. ¿Y Martha? Martha escapaba a los nombres marítimos y estelares. Martha es un nombre terrestre, de tierra llana con un laguito al pie. Nausicaa había muerto en cuanto el barco se acercó a tierra, en el criollo caleteo. Surgió, entonces, Martha, apacibilidad, égloga, trasplante samaritano en tierras tropicales.

Desde el malecón mollendino, se divisaba el barco. Algunas siluetas paseaban por cubierta. Una se inclinaba sobre la borda: la de la señorita Esfinge. Otra iba y venía: la de la señora Sirena. Otra se sumergía en una silla, la de Martha. Leería seguramente un capítulo más de "Pepita Jiménez", la "Pepa", como familiarmente solía llamarse a bordo a esta hijastra de don Juan Valera. La pepa andaría transida de amor por el seminarista que se llamaba Luis. Aleve seminarista, el de don Juan Valera.

Los protagonistas de la novela —in english— que leía Malena se llamaban Alfred y Hélène. El gringo que asediaba a Malena, también se llamaba Alfredo, como una burlona coincidencia. Entre bromas y veras, ella le había dicho a Ulises:

—Estoy por tirar el libro al mar. Imagínesse que leer las aventuras de

Alfredo con una Elena.

—Tú eres muy regalona, Malena, interrumpía irónica Martha.

Malena protestaba sofocada, queriendo demostrar la sinceridad de su repulsa, pero la agobiaban a burlas. El gringo quedaba en la categoría de "dije", como manda el vocabulario chileno, y el "pololeo" decretado por los pasajeros propincuos. ¿Qué conversarían, ahora, Martha y Malena?. ¿A propósito de la Pepa?. Pues la Pepa era también una regalona. La Pepa andaba en las faldas de Martha, en las manos del comandante Espinosa, junto a los senos de la señora Sirena, y hasta el señor Pulsario se había dignado una sola vez, pasar sus manazas por las espaldas tersas de la Pepa, resignada a las caricias de lobo. ¿Y cómo soportaba impasible tales caricias y cambios? La Pepa, a fuerza de viajar, en la biblioteca del buque, había adquirido sicología de stewardesse. Era voluptuosa, pero recatada; de modo que el seminarista no pudiera percatarse de aquel mojigaterío, disfraz de la concupiscencia.

El comandante Espinosa esperaba en silencio que Ulises despertara de su contemplación. No esperó mucho. Metidos, luego, en un auto de alquiler, deambularon por Mollendo, por la Aguadita, el Mercado, —cemento y percalina— las empinada y polvorientas cuestras del puerto viejo, empinadas, tocudas bordeadas de casuquines de madera; por las calles anchas, cemento en las fachadas, de la nueva ciudad; deambularon turistas presurosos, en día de semana Santa. A la puerta de una casa amplia, dos policías uniformados de azul oscuro, con vivos rojos, montaban la guardia:

—¿El cuartel de policía?

Airado, el chauffer, rectificó al momento:

—No, señor, la Iglesia parroquial. Hoy es Jueves Santo y ahí están las autoridades.

Al decir autoridades sonaba más oquerosa la voz. ¿Estarían vigilando a Cristo para que no fugase de tanto salmodiar?

—No, señor, al Subprefecto, corrigió el chauffer, dignísimo.

Desfilan luego parvadas de muchachas vestidas de negro, mantillas españolas, ojos magníficos. Una teoría de chaqués troglodíticos marca el paso con risible seriedad de la Iglesia a la Subprefectura. Hongos, chalecos color plomo con pintitas verdes y rojas; bastones con puños de plata, zapatos de capellada plomo; un marino, un bombero, un policía. Todos caminan erguidos y lentos, marciales. Piam, piam, piam, piam. Ulises recuerda sus días de 396, cuando marcaba el paso sobre la cubierta del barco: piam-piam-piam, multiplicando soledad x soledad x soledad.

Más tarde deciden regresar a bordo. Ni el whisky portuario, ni las muchachas del Malecón les detienen. Otra vez se disponen a montar en la silla ahorcada. Otra vez el suplicio de jinetejar olas coquetas. Los botes del puerto danzan caprichosamente. Al fin, nuevamente la escala del buque. Demuestran entrenamiento acrobático todos, hasta el fraile, de negra sotana —como

el seminarista de la Pepa— que se ha embarcado aquí.

Al volver a cubierta, Martha y Malena parlotean una a cada lado de la silla —trono— de Ulises.

—¿Conversando?

—Esperándole para que nos ayude a buscar a la Pepa.

La Pepa se ha perdido, tragedia marina, motivo de indagación y de sonrisas, pretexto para la charla nueva, tema de alusiones, comedia, poema, todo en torno a un tema mozo. El fraile mollendino se desliza, pasos tácitos, por la cubierta, oteando el horizonte. Los tres —Martha, Malena y Ulises— cruzan una mirada cómplice: ya están tejiendo la novela de la Pepa. Don Juan Valera debe sentirse humillado de que su fantasía encalle en un raptó o extravío vulgarísimo.

—El seminarista ha robado a la Pepa.

Martha sacude los negros cabellos peinados en bandós:

—No lo crean; la Pepa se ha ido sola, sin saber que llegaba su curita; se sentía demás...

Hay quienes se van temprano, Ulises. no te quedes tú. Ulises, vete. Ulises piensa que se fueron todos, al acercarse a tierra, todos tus semejantes, todas tus criaturas, todos se han ido ya. Recuerda, Ulises, como han desaparecido la señorita Insondable, la señorita Mañana, el 396, el capitán Centellas. Sólo tú permaneces en el limbo, igual que antes, pedruzco en el mar, ancla bamboleante e inútil, sólo tú, lírico, lírico, lírico. ¿Qué esperas para irte, si hasta la Pepa te marca la ruta? Aléjate, Ulises, aléjate. Ya estamos cerca del arribo. El buque se aburguesa, prolonga la tierra prosaica en el mar. Si te roban interioridad las inquietudes del día, arroja tu máscara y vete.

Martha se ha quedado silenciosa, mirando el mar. Hasta Malena, —sonrisa, hoyitos, porcelana— ha sentido la gravedad de la hora en esta tragedia mínima del ocaso cotidiano. La orquesta preludia suspiros.

—También se marchó la Pepa.

Los tres, por no mirarse, súbitamente románticos, dulzones y graves, habían hundido los ojos en el mar.

6. "BUCCANEER"

Los niños de a bordo corren, vocingleros y felices, hacia Martha y Malena. Brotan de la Nursery, en cuanto ellas aparecen en cubierta, y las acarician. El hada rubia y el hada morena les sonríen. Malena se alegra toda; se ahondan los hoyitos de las mejillas de porcelana y se le alegran los ojos claros y traviesos. Martha se extiende en la silla, y con los ojos, ligeramente ensoñe-

cidos, apoya la barbilla en la mano, y mira inefablemente a la bulliciosa chiquillería. Malena se queja blandamente:

—El sol me ha quemado, me está poniendo fea... prefiero estar fea a soportar las persecuciones del gringo.

Ulises la mira con evidente incredulidad, a tal punto que ella, sonrojada, se corrige:

—Hace bien en no creerme... yo no quisiera ser fea.

Todos lo sabían ya. Malena se percata de que la escuchan con burla. Martha que habla siempre con risa en la voz, entornando los ojos y dando expresión hasta a los cabellos rebeldes, comienza el panegírico de Doris y Malena, y la diatriba de la señora Sirena.

Ha pasado la hora del lunch. Es la de la siesta. Faltan canciones adormecedoras, palmeras, chirriar de grillos, hamacas, una guitarra lejana, cocoteros, mujeres lánguidas para esta siesta semitropical. Pues, ya entraron en los reinos del trópico, y el sol enciende suavemente la mar ahora en calma. Malena le teme al sol, que enciende demasiado las mejillas. En cambio, Martha, segura de su palidez, se atreve a aletargarse bajo el bochorno. Al observarla, Ulises evoca mujeres del trópico que él conociera en los puertos del Caribe. Si el acento de Martha no poseyera el premioso cantarineo chileno, sino el deajo lento y adormecedor de Colombia, sería una tropical. Falta a su lado una María Agueda y un Ño Pancho. También un clavel en el cabello o prendido sobre el pecho, botón sobre botón. Además, una leyenda trágica. Y un pirata. (Alberto Inzúa trataría luego de tejer un romance, entre soñador y erótico, con vistas al mercado. Pero Martha se pone de pie. Destaca su silueta sobre el fondo azul: hombros ligeramente levantados y delgados; alta, larga, esbelta; caído el moño —como las criollas— sobre la nuca ambarina. Las manos finas van del peinado al regazo, en una perplejidad de vírgenes sorprendidas. En ese mismo instante aparece el pirata. Perplejidad. Avanza el peligro en su navicilla, balanceándose lentamente. El es rubio, y en vez de lugarteniente, le acompaña una mujer —recuerdo de Mac Orlan— rubia también, de cabellos esortijados color naranja. La nave luce el ostentoso nombre de "Buccaneer".

"Buccaneer" no está pintado de negro. Tampoco lleva pabellón con cráneo fúnebre en la banderola. "Buccaneer" es verde; solo su nombre va impreso en rojo a proa. "Buccaneer" sólo tiene un tripulante, heroico aventurero de la cubierta del "R.M.S. Orcoma": se llama Fred. Y Fred es un lindo muñeco de cinco años, cabellos blondos, cara de porcelana.

—Será muy feliz la primera polola de este muchacho —apunta Malena desde la borda a la que se ha asomado.

—El pololeo. No lo conocerá Fred. El sabrá de flirt, no de pololeo.

—Ni del piquineo peruano.

—A ver piquinée, Ulises...

Ulises entorna los ojos, súbitamente avergonzado, para que no le denuncie la mirada traidora. Sonríe vagamente. Las dos le rodean, instándole con dulces bromas. El hurta la respuesta entre embelecos y disculpas:

—No puede ser... A bordo reina el flirt, y en el flirt tienen ustedes magníficos entrenadores en estos marinos de ojos glaucos, tan duchos en su oficio que harían empavar a cualquier principiante...

—Pues, a mí me saben a... flirt preparado en Liverpool como la comida —acota Martha, nuevamente extendida en el sillón de la pereza.

—Pero, es que no conoces a uno muy dije —confiesa Malena— uno menudo y rubio, que casi nunca sube a cubierta: debe ser ingeniero.

—O minero.

—La minera es Malena, que descubre lo invisible. Ay, Malena, Malena, cascabel sin guija, porque te falta amor. "Tu nombre está en mi corazón, bien mío, como en un cascabel, todo lo llena...".

—Versos suyos, ¿Ulises?

—De Rostand.

Y Ulises, en vez de seguir recitando, despliega un lujo de teorías. La conversación insensiblemente insiste en el pirata. Cuando escasean temas a bordo, o se habla de naufragios, de viajes truculentos, o de piratas. Hoy se experimenta la nostalgia del pirata, porque no viaja ninguno a bordo. Todos son funcionarios y matrimonios. Ellas que lo advierten, piden historias romanescas de piraterías. Por eso, tal vez, acarician a Fred, el rubio angelote, capitán del "Buccaneer". Y Fred se deja halar, por la mucama, mirando a los pasajeros con ojos misericordiosos, como perdonándoles la vida. Un bucanero se ha sentido tocado de divina piedad. Orgulloso, seguro de su poder, contempla el horizonte sangriento. Fred: diminuto bucanero, pirata niño, ¿quién va a temerle, si tienes los ojazos rebosando pureza, si miras con blanca mirada de ingenuidad?. Fred, capitán del "Buccaneer", bien estás en tu ley: antes pirata que burócrata; primero salteador que juez, preferible ladrón de mar que grumete. Todas las pasajeras acarician a Fred, el rubio bucanero. Sin saberlo, ellas otorgan su voto, ungen con su predilección al que aventura, no al que conserva. Y más aun en este barco, en donde el azar no sirve sino como rima pobre. Suprimir el azar significa despojar de poesía el tránsito. Pues, en toda navegación debe existir el pirata en potencia y la tempestad como posible. Cuando no llega en su junco hipócrita —turbulentos mares de la China, laca y tormenta, seda y crueldad, tiburón y camafeo, crisantemos y tifones— ni arriba en galera medieval, el pirata vive dentro del buque, el pirata se disfraza de pasajero y roba, no ya mercaderías, sino pudores y razones.

En todo buque bien organizado, deben viajar oficiales doctos en el flirt, un steward ladrón y algunas stewardesses descocadas. Así se forma ambiente

poético y azaroso en el mar. Un viaje sin riesgos ni sorpresas, es como un casorio sin luna de miel. Absurdo suplicio para esposos monacales. Todos, esperan, pues, al pirata: ellas anhelosas, deseosas, imaginándolo como el Douglas Fairbanks de "El Corsario negro", arrogante, bigotillos audaces, acrobacia, optimismo, sonrisa abierta, amor. Ellos lo esperan torvo, alevé, despreciable, pero sugestivo.

—El corsario no llega, Martha.

—¿Le interesa que llegue?

Fred se balancea en el "Buccaneer":

—Malena, no viene el pirata.

— ¡Ay qué malo!

Fred sonríe desde el "Buccaneer", porque aunque casi no entiende el castellano, ya sabe lo que significan ciertos vocablos, variantes de pirata. Corsario, bucanero, filibustero, ladrón de mar.

—I am —dice— a **pairata**, as you say, Miss... I am a **coursario**, a **bocaniiro**...

Bocaniiro, solitario tripulante de tu "Buccaneer"; Robinson de a bordo y en forma de juguete: anda, rubio angelote sajón, y por una vez en tu vida, hazte la ilusión de que se puede ser pirata y entrar libremente en el Barber Shop.

Malena se ha ido. Regresa al punto. Empiezan a subir a cubierta los pasajeros cansados de la siesta. Maravillosamente coincide esa afluencia con el surgir del camarero que ofrece the, sugar and cakes.

—Tea, Miss?

—Yes, please —responde Malena que ha resurgido, en un ceremonioso inglés escolar.

—Sugar, Miss?

—Two, please.

—Tea, Miss?

—Sí —ha roto Martha el sajonismo.

La cubierta está concurrendísima ya. Por babor desfila la costa peruana. Gris, árida, una sola línea parda, sin vegetación: igual, igual igual. Atrás se divisan algunos picachos de la cordillera, coronados de nieve.

—Caminemos, ¿quiere?

—No, Martha, quedémonos sentados. Quién sabe cuándo podré volver a disfrutar de un reposo como éste, sin preocupaciones, sin libros, sin papeles, sin inquietudes, sin plural.

Y Martha, femeninamente comprensiva, admirable camarada sentimental, se doblega, reprochando blandamente, con un recuerdo doliente:

—Ya ve, como soy de dócil. ¿Qué habría sido de mí si me caso con un hombre autoritario?

Se precipita el crepúsculo, propicio a la confianza. Un crepúsculo apresurado y tajante. Un crepúsculo acezante, vertiginoso. No el lento ocaso de otras tardes, lleno de majestad y de otros. El véspero de la costa peruana funde vertiginosamente los colores. No, la tarde no muere aquí. La tarde no se va: es la noche la que nace, la que llega. En vez de asistir a una agonía, se presencia un alumbramiento. Cae la noche; no se va la tarde. La tarde se queda con nosotros, con los pasajeros, replegada en un tibio rincón de cada almario. La tarde queda bajo la noche superpuesta. Tragedia de un véspero jadeante. Tarde, asilada perpetua de cada corazón tropical.

La confianza se apresura, se repentiniza, con esa urgencia de a bordo, en donde se ignora el minuto que se vive, pero se conoce que el día pasa. Se desconoce que pasan los días, pero se advierte la proximidad del puerto. Cada pasajero tiene la sensación del encapillado. El puerto surge en la imaginación como el patíbulo: a plazo fijo, ineluctable; y hay que apurar los minutos antes de que ocurra la ejecución de la no-nada. En vez del día, existe el puerto. El puerto se agiganta como un puño crispado y en protesta. Martha lo sabe, y presiente que se llega, que se termina. Hasta Ulises pierde, momento a momento, su fisonomía de viajero. Pero en lo que aún conserva de transeúnte, de fugitivo, se refugia la ansiedad de Martha. Ulises sabe entonces, sólo entonces plenamente, que ella quisiera olvidar; que su marco romántico, guarda, efectivamente, un recóndito secreto romántico. Para confortarla, Ulises desmenuza relatos, teorías; desteje esperanzas, dibuja porvenires. Y hablando, hablando, ven pasar al señor Pulsario, más aferrado que nunca al brazo de la señora Sirena. Lentamente engrosa la población del smoking room. En los vasos llenos, cabrillean la luz de las lámparas, sobre el topacio claro del whisky and soda y la espuma jabonosa de los sours.

Malena se fue ya; a ataviar de noche. Asoman pecheras blancas, zapatos de charol. Una gringa de tufos inverosímiles, sobre los ojos, camina por cubierta, enfundada en un abrigo de gruesa lana, a una velocidad fantástica. El bucanero Fred se marchó a dormir, en el tibio seguro de la cabina. Ulises se siente ya un poco Gutiérrez. Y por no serlo del todo decide desertar del whisky and soda.

Martha, que ignora la tragedia de Ulises con Gutiérrez, comenta complacida:

—Se está volviendo bueno...

Gutiérrez, regocijado, se burla de Ulises: “¿Oyes? Eso quiere decir que te estás doblegando ante Gutiérrez, que eres ya Gutiérrez”.

Ulises alza los ojos, pidiendo ayuda a Martha; pero ésta se ha marchado ya. Sobre cubierta no quedan ya sino el sin ventura y el frágil "Buccaneer", abandonado por su rubio capitán. Suena la corneta llamando a comer. Gutiérrez vence a Ulises. Definitivamente se queda solo el "Buccaneer".

7. PANTOMIMA

Cuando las gentes se van a morir, suelen volverse cuerdas, siquiera un instante. Don Quijote perdió hasta tal punto su personalidad de loco, que recordó súbitamente su nombre de pila: Alonso Quijano el Bueno. La locura es, evidentemente, un signo de vida. Enloquece lo que no muere, lo que no ha muerto. Y, sin duda, Ulises va a morir, cuando ve surgir, en torno suyo una vaharada de cordura.

Todos tenían su nombre, al principiar el viaje. Todos respondían a un signo interno. Ahí andaban, deambulaban sobre la cubierta la señorita Insondable, el señor Pulsario, la señora Sirena, la señorita Mañana, el señor Burgués, la señorita Esfinge, los esposos Film, el señor 396, tantos más... El primero que comenzó a morir fue el 396, trocado en Ulises, locura por locura, signo por signo. Luego, la señorita Insondable quiso acompañar en su muerte al 396 y se convirtió en Nausicaa; después adquirió su carácter trágico, su aire típico, y fue Martha. La señorita Muñeca se llamaba Malena. El señor Burgués, el padre de Malena. Todos los personajes iban despojándose de su ropaje de fantasía. Las corbatas de Ulises se colorearon con sus matices propios. Ya no fue la de los ojos violeta, ni la de los ojos negros. Fueron simplemente la corbata que se afora, que se exhibe, que se vende, que se usa, que se arroja: la corbata negra con pintas rojas; la corbata marrón con rayas blancas; la corbata azul, con cuadros negros; la corbata escocesa, la corbata de un solo color, la de muchos colores. Fueron corbatas filiadas, especificadas, catalogadas. Y sólo se cataloga lo que deja de tener su libertad, y como la libertad es la vida misma, sólo se filia lo que comienza a perder la vida: enfermos de hospital, presos de cárcel, pasajeros de cabina, muertos en la huesa. Todos estos seres a mitad difuntos, tienen número en vez de nombre. Y sin embargo, nunca sintió más plenamente su libertad, Ulises, que cuando fue nada más que el 396. Y es que esa libertad era suya, pero, en su exterior estaba total y absurdamente sometido a un reglamento implacable.

Ahora todos empiezan a declinar. Martha va enumerando a algunos, encargándose de echar paletadas de tierra sobre sus nombres ficticios. Ya al propio Ulises le comienza a matar. Anoche, a la hora del baile, le dijo, con cierto sigilo lánguido y suspiroso:

—Quien sabe si éste será nuestro último baile... seguramente no volveremos a encontrarnos más en la vida... El señor Gutiérrez continuará su vida,

quedará en su casa, olvidará a los amigos de un día, volverá a viajar, tendrá otras amigas, otros amigos.

¡El señor Gutiérrez! Al pronto, Ulises no ha contestado nada, porque le ha parecido que hablaban de otra persona. Y hasta ha preguntado, un tanto curioso:

—¿El señor Gutiérrez?

Los ojos de Martha le han revelado el secreto, ay, el señor Gutiérrez es el mismo. El señor Gutiérrez es Ulises. El señor Gutiérrez llega a su ocaso, porque también él comenzó a perder su signo de viaje, y readquirir su personalidad de tierra. Todos tenemos nuestra personalidad marina y nuestra personalidad terrestre. ¿Cuál la verdadera? No es posible decirlo. La marina se adentra, se interioriza, se asincera, la terrestre se expande, se exterioriza, se miente. Pero ¿cuál perdura, con cuál ha de vivirse? En cuál de ellas detiene el recuerdo la vida, deleitándose en un revivir lo inolvidable?

El señor Gutiérrez ha quedado meditabundo, al lado de Martha. Pobre Ulises, a quien ya no es dado pensar siquiera en Penélope. Porque es aquellos otros tiempos, Penélope tejía todo el día y destejía toda la noche, bajo la vigilante mirada de los pretendientes convertidos en huéspedes. Y Ulises disfrutaba, plenamente, de su madurez inquieta en la tierra de los feacios, al lado de Nausicaa, seducido por Circe, en la isla de Calipso. Ulises Gutiérrez, no, parecía nombre de general centroamericano: Temístocles Castro, César Sandino, Cipriano Castro, Néstor Moncada. Gutiérrez tenía que resignarse a su nombre del rol. Tuvo que hacer un violento esfuerzo de memoria para recordar que, efectivamente, su auténtico nombre era el de Carlos Augusto Gutiérrez.

Aquella noche debían morir los últimos marionetes. Martha los mataba sin piedad, con cierta alegría, quizás —pensando subconscientemente— en que así se rompía la cadena de esta ancora pesada del recuerdo que la podía atar a Ulises.

Mientras los tres spaghetis musicantes de a bordo atacaban por centésima vez el "Indian Song" de Rose Marie, y el "Get out and get under the Moon", proeza de Paul Whitman— el señor Pulsario y la señora Sirena tuvieron una discusión:

—Ella es muy **regalona**, y él un poco **roto**.

—¿Le parece, Martha?

—Claro que sí. Imagínese que la mayor gloria de él es haber matado a no sé cuántos bandoleros. Es capitán de carabineros. Se llama Shonberg. Ella tiene ascendencia rumana, se llama Sofía.

Martha ensartó el cuento, lentamente, alzando la voz, con una disonancia encantadora, acentuando con los ojos, semientornados, las palabras, irguiéndose en el asiento, para subrayar el relato. El señor Pulsario era un hombre de historias, más que de historia. Había sido un atleta estupendo. Lanzaba el martillo como nadie. Le gustaba el boxeo. Cultivaba la esgrima, pero, sólo a condición de hacerse sangre. Sus hombros macizos se reían de la chaqueta y preferían la libertad de la camisa de sport. Caminaba a grandes pasos, pisando recio, como para horadar el barco en cada sitio en donde hincaba el talón. Su profesión de policía le había deparado muchos premios. Gran perseguidor de bandoleros —deporte también al fin y al cabo, como el tiro de pichón que cultivan los reyes— el capitán Shonberg conocía un método infalible y piadoso para desterrar el bandidismo. Siempre estaba en relación con alguno que aconsejaba al preso la fuga. Luego, convencido el infeliz, se le desataba, se le facilitaba la escapatoria, le daban dinero. Cuando el cuitado se sentía libre, echaba a correr. Ese era, justamente, el instante en que Shonberg se “daba cuenta” de lo sucedido. Al instante lanzaba a sus hombres en pos del fugitivo. Generalmente era él mismo quien le divisaba. El pobre trataba de escapar, y entonces Shonberg, en celoso cumplimiento de su deber, se echaba el fusil a la cara y —pum— disparaba sobre el evadido. Una voltereta en el aire, y de cara al suelo la esperanza de un hombre. Si no quedaba muerto, la pistola del celoso capitán concluía la obra. En un diario santiaguino publicaron una vez el retrato del capitán, exseñor Pulsario, con una nómina de criminales aprehendidos así: parecía el récord de una danzarina o de un boxeador. Todos habían terminado por K.O. Buen punch el del señor Pulsario. Ya lo había advertido, a primera vista, Ulises. Por cierto que, en el fondo, sintió el halago de todo el que acierta.

El capitán Shonberg se había casado antes de embarcarse. La señora Sirena —Sofía— venía en viaje de boda. En Valparaíso —el **Valpo** de los ingleses— les llevaron una torta de novios gigantesca, a bordo. Las miradas resbalaban desde los novios hasta los angelotes del dulce, pero más se detenían en la silueta de la señora Sirena, recorriéndola lentamente, los ojos azules y un poco saltones, las caderas recias, las piernas torneadas y robustas, y la felinidad de recién casada, languidez cuyo origen todos adivinan, fervores cuyo final nadie ignora. Todos, excepto el señor Pulsario, que pretendía engañar con un estudiado desdén de momentitos.

Ya nadie queda con careta a bordo. El señor Burgués es el padre de Malena, y va a España por un año. ¿Quién más? Los esposos Film han revelado su misterio. Ella es la hija de un almirante, él es el marido de la hija del almirante, y mira a las pasajeras con cierta codicia. Doris tiene parientes en Lima, y con su tonito bajito, tímido, melodioso, indaga a Ulises como podrá comunicarse con ellos. Sólo la señorita Esfinge permanece ignorada. Sigue paseándose con su alemán al lado.

Un señor cojo, ingeniero francés, se entrena ahora en disparar su catalejo sobre la costa peruana. Ulises siente deseos de decirle: "¿A qué se ocupa usted en vanidades? porque por mucho que sondée con su catalejo el horizonte peruano, nunca descubrirá otra cosa, desde el mar, que la faja gris y estéril de los desiertos y los picachos de los Andes. No pierda su tiempo amigo, guárdese sus miradas para mejores empleos". Pero no le pudo decir nada de ésto, porque Martha ha tomado al ingeniero cojitrانqueante como profesor de francés, y él, con su calva, su francés y su paciencia, llena de optimismo el amor propio idiomático de Martha.

Ni siquiera es misterio el Intérprete y el médico español de a bordo. Ya sabemos que el Intérprete tiene a su familia en Londres, que le gusta leer libros de literatura, que tiene algunos volúmenes raros, entre ellos una Antología con la canción de "Monsiur de la Pallisse". Ya sabemos que el médico español es de Castilla; que odia "las boticas" que prescribe, contra el mareo, comer ensaladas y carnes frías, poca agua y poca verdura; ya lo sabemos todo.

—Felices los que no saben nada.

—Por qué Gutiérrez, digo Ulises...

—Porque todavía tienen la posibilidad de buenas nuevas. Porque se pueden engañar. Porque se pueden mentir a sí mismos, sin ruborizarse mucho.

—Engáñese, Ulises...

—El engaño requiere por lo menos diálogo. Nada habría sacado la vanidad más exacerbada de Brummel, si no hubiese tenido un ayuda de cámara. La vanidad y el engaño necesitan coro. En eso se parecen a lo sublime y a lo milagroso, requeridores de adeptos. También en eso se entroncan con la tragedia griega...

—Señor, ¡qué analogías más raras!

—Más inacabables, Martha; pero, en algo ha de entrenarse la imaginación que debe, por fuerza, constreñirse, mondarse, aherrojarse.

—¿Usted pesimista, usted sin imaginación...?

—Finalizamos el viaje, Martha. La imaginación va a anclar también. Podremos fantasear, pero ilusionarnos no. Ya nos conocemos todos, ya nos conocemos bien; ya no cabe sino la superchería descarada o la franqueza. Ya todos tenemos nombre, filiación en el rol, el pasaporte en el bolsillo esperando a la policía... Si mentimos, nada más fácil que exigirnos los papeles de identidad. "Yo soy Ulises", puedo decirle; Y usted, sin recordar ningún otro dato, podrá preguntarme: "Enseñeme sus papeles" y a veinte horas de puerto, no cabe argumentar; "los tengo en la maleta, extraviados..."

Malena aparece, sonriente, los dos hoyitos tentadores llenos de sombra.

Viene a regalar su alegría a Ulises que se va, a Martha que se queda. Los tres spaghetti sajones siguen tocando. Bajo las lucecillas rojas, verdes y blancas de la cubierta —triumfos de la pirotécnica marina— se balancean las parejas de baile. Un cadete peruano —erguidito, menudo, agresivamente galante— pide un baile a Malena. Se alejan; Malena hace expresivos signos de disgusto a Martha y Ulises que la aplauden.

Pero ni Ulises ni Martha se deciden a bailar nada, esa noche.

8. PASAJEROS

Una novela de Hugo Wast, pero con alma. ¿Y ahora, Ulises, ahora?. No ha regresado la Pepa. Todo lo que se separa en estos barcos, no vuelve a encontrarse, a unirse jamás. Barcos de pasajeros.

¿Y ahora, Ulises, ahora? Ahora tiendes la mano. Los demás, finchados, numerados, rotulados como maletas, como presidiarios, también te tienden la mano. Las manos, instrumentos de adioses, de bienvenida, ¿serán también de bienpartida? Las manos en gesto de perdón, de amistoso “hasta la vista” con la seguridad de no volvernos a ver nunca, ni a estrecharse — las manos avanzan conjugando un verbo recíproco. ¿Qué vas a hacer Ulises, ante ese ejército de manos, ante esa turba de números. Manos de todo calibre, como un arsenal de armas historiadas: pistolinas coquetas, pistoles broncos y criminales, ballestas ridículas, mosquetes presuntuosos, solapados fusiles. Así las manos: finas y pulcras, tibias y redondas, frías y esqueléticas, robustas y caliginosas, que se aprietan fugazmente, que se deslizan, que demoran —lánguidamente— el mudo nudo de la despedida, que se entregan, que se hurtan, que se fugan, que se rectifican, que se aferran, que caen. Y todas corresponden a diversos números. Otra vez pierdes tu condición humana, Ulises. También pierdes tu número, como todos. Ahora, por ejemplo, este buen Ulises suspiroso y arrebolado, es “el 29 de la foja 1”. Así le llaman tres señores preguntones, zahoríes y azambados, de la policía portuaria. ¿Qué números tendrán los demás? ¿A quiénes les habrán tocado ciertos números emblemáticos, pero indeseables: el 7, el 13, los demás?.

Se extienden las manos. “Adiós, adiós”. “Escriba... no olvide... Tenga mi dirección... Saludos a... Ya sabe, tiene su casa en... Escriba... No olvide... Adiós... No olvide.”

Llegan los fleteros en vocinglera turba. Negros con sombrero de paja, tarjetones en la cinta del sombrero y placa en la solapa de la chaqueta. No imploran al “jefecito” estos hombres, como los negros de Buenaventura, ni rondan al “patroncito” como los rotos de Valparaíso, ni insinúan al “Mister”

portando valijas. “Esta es su maleta, patrón” dice uno. “Pedro, agrega, sin esperar contestación, llévate ésta”. Ulises se queda como quien ve visiones, pero reacciona y se opone. Defiende su patrimonio de esta turba de piratas que asaltan las escalas. Ulises se refugia en la cubierta de arriba, en el “Deck” de los paseos y las lecturas del golf y del cocktail, de la confidencia y de la siesta, de los helados y los consomés.

Una caja de Abdullahs — pide con voz de alejamiento, al gringo de la cantina. Una caja de Abdullahs aprehenderá algo más del barco, prolongará el viaje. Pero, ya no le presentan el vale, sino que el ticket debe ser cancelado en el acto. El barco le tiene por extraño. Le echa. Al regresar a su observatorio, sorprende al marinero de cubierta arrancando la tarjeta de su silla. La arroja al mar. “Mr. Gutiérrez — To Callao” planea antes y, graciosamente, cae sobre las aguas, flota un poco, se pierde entre la espuma que mueve la hélice. Ni eso queda ya. Ayer —piensa Ulises— el día tuvo algo de extremaunción. Agudo aroma de ausencia. Fuerte color de despedida. Los que se quedarían a bordo, continuando viaje, formaban grupos aparte y miraban con cierta insolencia al resto del pasaje. Pero, Ulises sabía que la insolencia era ficticia, y que todos envidiaban a los que al fin llegaban. Mientras que el barco se resbalaba frente a la costa, los ojos se tendían al horizonte bebiendo cercanías y mar. Hasta Ulises anduvo explicando al ingeniero francés, cojitrunqueante, como en el Perú el algodón era blanco y las casas de adobe. ¿De adobe? Sí, señor, de adobe. El adobe es... Martha, vestida de flotante chaqueta avanzaba sobre cubierta mientras Ulises seguía su explicación. Avanzaba con su gesto de dolorida sonrisa, enarcando el perfil de Cleopatra. Pues era de Cleopatra la nariz fuerte, ligeramente curva en el arranque, y los ojos negros, propensos al estrabismo, bajo los párpados entornados. El viento deshacía su peinado, y ella avanzaba. Pasó. Ulises continuaba informando al ingeniero cojo. Vino Malena, sonriente y fresca. Pasó la señora Sirena, es decir Sofía de Shonberg, al largo y enérgico ritmo del paso de walking. En la costa surgía un estero Junto al estero, una aldehuela. La aldehuela era San Andrés de los Pescadores, la “aldea encantada” de Valdelomar, en donde Judas tuvo un día alucinados ojos de candela, y, en un circo ambulante que llegaba para Pascua y Fiestas Patrias, la niña que ejecutaba “el vuelo de los cóndores” encendió la tragedia en el alma de un escritor. Allí, Pisco, sí, justamente, monsieur aquel oasis de verdor, junto a la desembocadura de un río... **Oui.**

Moviéronse las barcazas de carguío hacia el buque. Venían lentas, pesadas con fatigado aire de buey. Otra vez chirriaron las grúas, estridentemente, y traqueteó el barco al movilizar la carga. Ulises recordó el día aquél, —tan lejano ya en el no-tiempo de olvido— en que, aun 396, medía a grandes pasos, isócronos y sajones, la cubierta. Piam-piam-piam, paso-paso-paso, soledad x soledad x soledad. Piam-piam-piam. Ahora Ulises se acodaba, extático y dejado sobre la borda, hundidos los ojos en el horizonte, hacia el mar.

Martha regresó de su paseo, y ancló al lado de Ulises. Sonrió sin mirarle, de suerte que la sonrisa fue escala por la que asaltó la conversación sus soleadas. Ulises sentíase con cara de desembarco. Su vanidad le hacía ver en sus amigas gestos de abandonadas. Hubiera querido saber de memoria el Don Juan de Zorrilla, pero se arrepintió al punto, porque su galantería erudita le recordaba a Marañón. Como todo viajero, supuso que al partir él se iba a descentrar el pasaje.

—Ya está usted en su tierra.

Parecía un lamento de niño enfermo.

—Mañana, a esta hora, estaremos muy lejos.

La conversación ya tiene punto de referencia: mañana. Cuando surge la cronología, por vaga que sea, muere el viaje. Mañana es una fecha. Aunque parezca una etapa. Mañana es un día, con sus horas, sus minutos, sus segundos, sus tercios, su ubicación precisa en el después y en el nunca. Mañana, a bordo, significa nunca. Pero, nunca no es el vacío absoluto sino la posibilidad de un siempre o de un alguna vez. Hasta la corneta prosaica que anuncia el lunch, adquiere categoría estética a través de la remembranza. La caja de música —el dulcemele— heraldo el breakfast, parece una danza matinal de Grieg, clara, armoniosa y sugerente. Malena resuelve su emoción en palabras optimistas:

—Ay, yo tendré que soportar todavía veinte días a ese gringo.

—Ulises, usted debería continuar el viaje para protegernos de esa peste.

—Ay Ulises, ay, usted debería...

—Toda nuestra esperanza está en que en Callao suba gente alegre. Si no, habrá que esperar hasta La Habana.

—Mañana lo sabremos, Martha; mañana, Malena...

—¡Ay Ulises, ay! Se debe pensar ya en **mañana**, fecha urgente, vencimiento de letra sentimental: mañana.

—Mañana subirán pasajeros alegres; nos iremos los buhos.

Se levanta triple protesta, que Ulises acalla con un gesto:

—Buhos, sí. Porque rozamos, graznamos divagaciones, al margen del golf deck. Buhos diurnos, posados en sillas de extensión; buhos que truecan el aceite funéreo por el saludable whisky and soda.

—Buhos, no. Mañana no diremos sino "ayer". Ayer será nuestra fecha, como hoy lo es mañana.

El viaje se tiende así, cuerda floja, entre dos postes: mañana y ayer. No existe el presente absurdo: sólo nostalgia de lo que se deja, esperanzada inquietud por lo que va a venir.

- Habría que matar al "hoy" por inservible, —murmura Ulises.
- Al ayer, —corrige Malena.
- Al mañana —suspira Martha.
- ¡Novela de Hugo Wast, pero con alma!

Al anochecer, han encendido las luces verdes, rojas, blancas de cubierta; han llevado el piano al lugar de baile; han distribuido tarjetas de identidad en las cabinas; ha funcionado activamente el radio. Más tarde, durante la comida, los tres spaghetis musicantes han tratado de asesinar a una mujer que se ha defendido con un inconocible "Un bel di vedreno". Después han insinuado tangos, con parentesco del **God save the King**. Después jazzes. Después, una música indescifrable.

- Mañana, a esta hora, bailará usted con un compatriota.
- Mañana, a esta hora se irá usted al cine.
- Mañana, a esta hora estará usted en el teatro.
- Mañana, a esta hora habrá aparecido la **Pepa**.

Mañana... mañana. Mañana seremos perfectamente desconocidos y epilogales. El último jazz. Pues, hay que ir a la cantina, en donde el Comandante Espinosa brinda con champaña a los que desembarcan al día siguiente:

- Al señor Gutiérrez que se va.
- Al capitán que también se va.

Conversación de último día: Se enredan en la charla. Pitoeff, Suzanne Después, Lugné Poe, Unamuno, la Pavlova, Kreisler, Picasso, Soupault. Ninguna alusión a la llegada. Se vuelven cautos los viajeros, que apenas murmuran al despedirse:

- Hasta mañana.

—) o (—

Eso fue ayer. Ulises estrecha ahora manos, manos. Cambia tarjetas, que no se usarán jamás. Charlas entrecortadas de la despedida, soslayando la nota emocionada, ahora que se rompe este paréntesis lírico, ahora que se vuelve a la objetividad urgente de la tierra inmóvil. ¡Ay los que permanecen líricos!

- Martha.
- Gutiérrez.
- Hasta la vista.
- No se olvide de los amigos, Gutiérrez.
- El ha traducido "no me olvide, Ulises", y responde en clave:
- No los olvidaré, Martha.
- Las manos. Estrangulada sonrisa. La escala. Ya está.

Carlos Augusto Gutiérrez, hombre prosaico, desembarca en el muelle. A bordo quedan sus amigos: el comandante Espinosa, la señora Espinosa, Martha Neyra, Malena Arteaga, el señor Arteaga, el Capitán Shonberg, Sofía Shonberg, los demás: todos, todos, pasajeros, pasajeros en tránsito, con mañana, sin ayer.

¿Y ahora, Ulises, ahora?

9. UN RADIO EN EL MAR

A las siete, el té; a las nueve, el breakfast; a las once helados en cubierta, a la una, el lunch, a las cuatro, el luncheon; a las siete, la comida. Entre tiempo: whisky, golf deck, paseos, sillas, sol.

Martha y Malena se acodan a la borda. Se esfuma el Callao, lentamente, perdiéndose en el polvo dorado del mediodía. Van empequeñeciéndose sus casas extendidas sobre la playa, los buques de la bahía, las aguas tranquilas, sus yolas de remeros juveniles, las lanchas, las barcas, la isla gris y pesada, que cierra el puerto. Se esfuma la tierra. Quedaron ya los compañeros de que cierra el puerto. Se esfuma la tierra. Quedaron ya los compañeros de ruta, siguen los pasajeros en tránsito. Sobre la silla vacía que amparó a Ulises, hay una tarjeta nueva: Mr. Antonelli. — To La Pallice". Será un amigo de largas mañanas. Martha junta su silla a la de Malena, la ex-señorita Mañana, ofendida por el sol. Y Malena insinúa cautamente, señalando la silla viuda, pero viuda alegre:

—Veamos qué tal es el señor Antonelli...

—De seguro un italiano gordo.

—Veamos.

La charla se puebla de ayeres interinos, precursores de los mañanas del día siguiente.

—Ayer, a estas horas, llegábamos a Pisco. ¿Te acuerdas Martha?

—Y antier, el comandante Espinosa y... Gutiérrez desembarcaron en Mollendo, a pesar del mar que estaba bravísimo.

—Ayer el capitán Parra me invitó para almorzar en Lima.

—Ayer no quise escuchar al cojito ingeniero, mi profesor de francés que quería enseñarme a pronunciar la u con acento parisiense.

Ayer. Ulises. Ayer, ayer.

El señor Antonelli asoma por cubierta, receloso y cortado por la vecindad en que ve a su silla. Por de pronto plantea el divorcio con la viuda de Ulises, aquella silla que, sin embargo, plácida como hostelera, prepara sus mejores y viejas gracias al nuevo inquilino de sus favores. Martha le mira rápidamente. Malena se detiene más. El signor Antonelli usa pantalones blancos de franela, sweater plomo, zapatos amarillos, anillos en los dedos peludos: es un hombre alto y bien plantado. El capitán Shonberg le conoce y juega con él tennis. Malena le mira atentamente, deleitándose con su tez rosada,

sus cabellos engomados tan diferentes a los hirsutos de Ulises. Martha contempla el mar, la costa cercana, gris, gris. Ahí surge un estero, la desembocadura de un río, risueño valle verde y luminoso. Se acuerda de unos versos que Ulises le diera a leer una tarde, la primera que avistaron tierra peruana:

*Puertos de Dios, tirados como los caracoles,
sobre la arena parda,
por aquí,
por allá.*

Martha, tú no conoces a Spelucín, el poeta, pero le recitas, musitando apenas, como si rezaras. "Como los caracoles, sobre la arena parda, por aquí, por allá"...

Se desliza el barco en la mar calmada. Vuelan en torno, a veces, bandadas de gaviotas, patillos chillones y traviesos. Asoma sobre las aguas el lomo de una ballena, con su grifo-marino Mannecken Pis. Todavía se afanan los delfines —bufeos, decía Ulises— en perseguir al barco, festejándolo con sus veloces volatines, seres vanidosos como campeón de saltos ornamentales. Cabalgan, más que nadan, luciendo el lomo lustroso y negro. Ya disminuyen las medusas. Frente a Pisco, surgieron en tumulto, informes sombrillas que se deshacen al roce de cualquier cosa, tentáculos de pulpos inofensivos, gelatina absurda, paracaídas sumersos e inútiles. Las medusas, fracasadas, se fueron. Se fueron con Ulises, con el ingeniero cojo, con el capitán Parra, con todos los que desembarcaron en el Callao. Y ahora, persisten los delfines, diputados suplentes, en llenar las vacantes de las medusas. Tienen la sicología de los arribistas. Lucen acrobacia, por atraer la atención de los viajeros. Nadie repararía mucho tiempo en ellos, si no fuera por la pereza de a bordo.

La señora Shonberg luce un nuevo jersey, y más pimpantes los senos agresivos bajo el jersey. Su marido la aprieta lujuriosamente el brazo, y se pierden en una marcha rauda, como quien tiene miedo de quedarse quieto.

—La señora Sirena está muy feliz, dice Martha.

A Malena la ha sorprendido el apelativo:

—¿Qué Sirena?

Malena ignora la terminología de Ulises, el irrestañable ausente. Ella no sabe como Martha, que a bordo ha viajado una teoría de seres imaginarios, de personajes novelescos, que comían y bebían y hablaban fuera de su modo habitual de comer, de beber y de hablar, dentro de las fantasías de a bordo. Hasta los viejos de "La Bolsa", aquel rincón en donde discuten cotizaciones de hace dos semanas, se han contagiado del extrarrealismo del viaje, y hoy ensayan una venta de trigo y una corrida al franco. Todavía persiste la pregunta en los ojos de Malena, pero Martha sonríe al vacío, en-

tornando los ojos y alisándose el cabello, sin responder nada:

—Estás muy rara, Martha. Desde que perdiste la Pepa...

—La Pepa se escapó con el frailecito.

—¿También se quedó en el Callao?

—También.— subraya.

Abochornan los pesados días, bajo el sol del trópico. Ya van a llegar a Guayaquil. Ante la ría, enmarañada, desfilará lentamente el buque, sin percatarse a veces del parpadear azul de los couyos bajo la noche estival. Ya comienza otro clima, otro cielo, otro mar, otra vida. Al atardecer, la orquesta inicia lánguidos danzones. Bailan todos. Bailan de nuevo el Indian Song de Rose Marie. Desde la cofa, el vigía hace señales cabalísticas al piloto. Tzung, Tzung, se oye en la cabina del Wireless.

—Estamos en comunicación con tierra.

Nadie concede importancia al radio. Cada noche vibra su tzung, tzung intermitente. Pero, esta noche, en medio de un silencio, entre baile y baile, ha aparecido el groom —Mercurio marino— con un sobre en la mano.

—Marconigrama.

Martha ha dejado sin respuesta al señor Antonelli. Malena se ha erigido en la silla. El señor Antonelli detiene la mano que iba a encender el cigarrillo No. 42.

— ¡Marconigrama! ¡Marconigrama!

¿A quién, a quién será?

San Miguel, 2 de mayo - 930.

FIN

APENDICE INSERVIBLE, EN QUE TAMBIEN SE TRATA

DE LA CASA DE CARTON

En literatura no existe explicación plausible. Todo lo que requiere explicación parece más bien ciencia: teología o historia. Expresarse es de suyo una explicación, una aplicación y una implicación. Sin embargo, y valgan las indiferencias, en este caso la glosa o aditamento podría ser útil, y aunque entre utilidad y literatura, media un abismo de inadaptaciones, pueden existir casos excepcionales y éste, para mí, es uno de ellos, cuando a hurtadillas, escondiendome de mí mismo, perpetré Pasajeros. P.S.N.C. Orcoma. Yo estaba saturado casi en estado explosivo de literatura, entonces "vanguardista" (la vanguardia como la juventud no es sino un medio para el ser: es un tránsito). Pues bien, como dijere en el preludio de este libretín, vivíamos en estado de éxtasis entre el creacionismo, el expresionismo, el dadaísmo y el incipiente suprarrealismo. Las cosas valían por lo que sugerían, por la imagen que proyectaban, por el acorde verbal que suscitaban. En ellos influían múltiples causas, una de ellas la de haberse liquidado la primera Gran Guerra de la época contemporánea y por consiguiente estábamos ahitos de sangre, angustia y destrucción y nos poseían desvarios para soñar, jugar impunemente. Era nuestra hora lúcida: había que gozarla. Los escritores que emergen de aquella paradoja colectiva, se llamaban Apollinaire, Breton, Cendrars, Hesse, Cocteau y otros. Emparentados con los parsimoniosos mayores llamados Proust, Joyce, Rilke, Chesterton y el desvaído Cansinos de Assens. Enumerar es un modo de distraerse, un acto en que no quisiéramos incurrir. Los jóvenes de entonces -yo empezaba a dejar de serlo- se aferraban a esas boyas luminosas a cuyo precio pensaban librarse de la tempestad revolucionaria en el proceso de alumbramiento. Yo, entre mis 27 y mis 30 "eché" mano de las consabidas boyas y traté de ceñirmelas a la cintura para mantenerme a flote. No lo conseguí, lo sé muy bien. Pero el intento fue plausible y aquí lo exhibo a fin de garantizarme las indulgencias a que soy acreedor. De ahí que al escribir el prólogo para La Casa de Cartón de Rafael de La Fuente Benavides, Martín Adán, cumplí con el código de auto salvataje previstos para los mansos de corazón.

Martín dejó las aulas del Deutche Schule en diciembre de 1927, no lo recuerdo bien. Pasó por una prueba extraordinaria, la de Amauta, y adquirió súbito y discutible renombre. En esos días la vida literaria se realizaba en unas cuantas tiendas del "centro" fundamentalmente en las de discos y fonógrafos y en las librerías. Los tres grandes mentideros intelectuales se hallaban en el Jirón de la Unión, en las librerías de F. y E. Rosay, en el Bazar Pathe y en "La aurora literaria" de Lorenzo y Rego, dos españoles vivaces y corteses. Las vidrieras de Rosay invitaban a una constante "débauche" vanguardista francesa: *Les pas perdus*, *La porte étroite*, *Opium*, *Les enfants terribles*, *Poemes elastiques*, *Le poete assassine*, *Calligrammes* o las elegantes portadas de la colección de La Pleyade: Proust, Gide, Paul Valery, Rabelais, Montaigne, Racine, Voltaire, La Rochefaucald Ronsaid.

En el Bazar Pathe, bajo la presidencia del Herculeo Hernan C. Bellido y de sus socios, los hermanos Ornano nos tentaban con los libros de Argentina, México, España y algunos de Chile. Toda la "payada" de Proust y Martín Fierro, es decir, Macedonio Fernández, Borges, Girondo, Marechal, Bernardes,

Ocampo, Filloy, los Gonzáles Tuñón, Franco, Clusberg, inundaban varios anaqueles frente a la vitrina, también estaban los de Torres Bodet, Novo, Vallaurrutia, López Velarde, Gorostiza, Vasconcelos, Reyes, Owen. El criollo Pezubti, dirigía la batuta en La Aurora Literaria, dedicada casi exclusivamente a ediciones de Madrid y Barcelona. Los muchachos salidos de los colegios particulares desembocaban en San Marcos.

Al parecer mis ex alumnos del Deutch Schule deseosos de contribuir al desarrollo intelectual. Martín Adán, Estuardo Núñez, Guillermo Lohmann, Alberto Wagner de Reyna. Esta afluencia de jóvenes deseosos de tomar seriamente la literatura debió estimular a algunos editores. No los había. Los antiguos y clásicos editores, Gil, Moreno, Rosay y algún otro, no se interesaban por la literatura. Entonces mis condiscipulos y compañeros de bufete Ismael Bielich Flores y yo decidimos intentar la aventura editorial. Arrendamos la ociosa imprenta del asilo Larco Herrera y compramos a plazos un monotipo, el primero que se instaló en Lima, nos lo vendió -hasta que se lo devolvimos por falta de pago- un espigado y moreno agente viajero de la Monotype, llamado Frank Cintrón, hombre fino y locuaz. Por cierto que se lo recuerda más por haber sido padre de Conchita Cintrón, la guapa rejoneadora y gran torera que embelezó a los taurófilos de España y América; Conchita había nacido en Antofagasta y lució su garbo y su coraje en todos los cosos taurinos, llevando prendido el triunfo de las espuelas de sus botas. El negocio anduvo al comienzo bien. Editamos la revista del Foro, un tomo del diccionario médico de Valdizán, La cultura Peruana de Alejandro Deustua; El problema agrario de Abelardo Solís, La Literatura Peruana, primer tomo, de Sánchez y, aparte de otros títulos La Casa de Cartón de Martín Adán. El novel escritor habitaba en una vieja casona de la Calle del Corazón de Jesús, cerca de la librería de Viejo, del prestamista Baglieto, y de la Iglesia de los Huérfanos. Yo resulté ser editor de quinientos ejemplares, en tipo Della Robbia y con carátula en dos colores. Rafael me pidió que escribiese el prólogo y a Mariátegui que se encargase del colofón: meses antes, Luis Valcárcel había lanzado Tempestad en los Andes con prólogo de Mariátegui y colofón mío. Martín escogió la tipografía para su primer libro y pagó el costo de su impresión. Los impresores dudabamos del éxito de la venta -y no fue un cálculo erróneo-. Con los años y la fama de su autor, La Casa de Cartón ha logrado el tiraje apreciable.

La presencia oral de Mariátegui y Sánchez en el colofón y el prólogo respectivamente de La casa de Cartón, así como en Tempestad en los Andes explica uno de los aspectos de las letras peruanas en aquel minuto. Ambos perseguíamos de la belleza y la exactitud en la expresión por vías semejantes. El joycismo, la vanguardia francesa, el expresionismo alemán, el nacionalismo criollo y balcánico, el dualismo, la monosílaba de Proust, y de Rilke dominaba el ambiente.

Aquí es donde ergarzamos nuestra novela Pasajeros y el prólogo a La Casa de Cartón y La novela y la vida de Mariátegui. Estábamos camino del naturalismo y del folklorismo, se codiciaba una literatura más poética, menos abstracta, más alegórica, menos exacta, más parabólica. Cuando el editor y el crítico Abelardo Oquendo me devolvió el texto de Pasajeros me dijo: "Me parece demasiado literario" - Dicho justo pero no peyorativo. Un joven lector, encarnizado demasiado de libros, Jorge Zamora Botta, me estimuló en cambio, a publicarlo inmediatamente el viejo texto escondido entre mis papeles

durante más de cincuenta años. Dicen que reconocer un buen consejo es cuando coincide con nuestra decisión.

Hello aquí, es un relato memorioso, figurado, subjetivista, sin realidad tangible a que aplicarse pero, sin embargo con realismo original. No defiendo su texto pero no lo rechazo: una curiosidad para un retablo de sorpresas, para un archivo de sensibilidades. Nada más.

Luis Alberto Sánchez.

PROLOGO

Si no fuera por usted, jamás habría aceptado repetir la suerte. Con ésta van dos veces que toreo al alimón con Mariátegui, y a la verdad, el público va a chillarse desde el tendido. La anterior me tocó a mí el colofón y a él el prólogo parra "Tempestad en los Andes". Ahora a él le ha tocado el colofón y a mí el prólogo. "Así no va mi plata -están gritando los entendidos-: esto es repetición de lo mismo"; y, por cierto, es mejor evitar ciertas comparaciones...

Pero a usted no le puedo negar unas líneas en el pórtico de este libro, que es una batalla ganada. Rafael de la Fuente Benavides, mi ex discípulo cuando yo era "Herr Lehrer in der Deutschen Schule" y él un alumno demasiado ejemplar, dicta aquí su testamento. Y yo vengo a servirle de testigo, de portacirios de esta extremaunción a un hombre aristocrático, clerical y civilista. La ginecología sabrá el secreto de cómo apareció Martín Adán.

Pero, Martín Adán, con ser distinto a Rafael de la Fuente Benavides, tiene de semejante con él, el recato y su gesto modoso. De Proust aprendió quizás cierta delectación parsimoniosa en el describir, y de Joyce, un acento delator de sacristán. La Fuente debió ser fraile. Me parece que alguna vez oí decir, cuando él era niño, que sentía la vocación eclesiástica. Felizmente, la ironía, la lectura, y el cigarrillo, le abroncaron un tanto la voz aflautada y la vocación pastosa. Jamás apreciaremos debidamente la influencia del cigarrillo en la Literatura. De ahí han surgido esos poetas de café, esos charlatanes de chismografía burdelera, esos evocadores que apausan el relato con pitadas largas como humo de chimenea de "steamer". Pero, ni el cigarrillo ha podido borrar enteramente la actitud católica y modosa de Martín Adán. Sigue siendo un aristócrata, un clerical a medias, un tipo de Joyce, medio "Stephen Dédalus", aunque hagan arte de vanguardia.

Porque, sin duda, este es el arte de vanguardia. A algunos les parece que no y, caro, dentro de una monocordia política, todo cuanto no trasunta afán social, resulta apolítico y retrasado. Si lo fuera, Martín Adán coincidiría con su tendencia, con su chuanismo literario en el fondo, aunque la forma está brincando de novedades. Novedades superiores a las de casi todos estos señores que pretenden manejar prosa actual entre nosotros, y resultan unos tristísimos simios, que roban metáforas y cuentos a Beingolea (traducido previamente al castellano). Siquiera La Fuente ha salvado su epidermis de este terrible meridiano intelectual de América, la traducción -que dijo algún acertado malévolo de "Gaceta"- y tiene abierto el espíritu a vientos que no son de exclusividad española, como en los tiempos de los galeones.

La Fuente es la vanguardia, por su frescura de imágenes, por su desplazamiento, por su humorismo, por su deportismo en el estilo; pero este afán de hacer literatura y frases, acusa cierto decadentismo distante del ritmo rubeniano, pero, no por eso, menos decadente. Lo decadente es aristocrático siempre, pero hay un vanguardismo de lo decadente, y éste es el que practica Martín Adán. Con ello ratifica que en él no ha muerto el civilista. Simplemente asistimos a su extremaunción. Tiembla en los labios el "requiescat", pero no es fácil libertarse de la presión aún invívita de las ligas con "Index expurgatorum" para voluntades remisas y ángeles guardianes que se entretienen con música de pianola. Todavía Martín Adán que ha salido por obra de las primeras páginas

de este libro, a la literatura, corre el peligro de caer en los brazos de "Entre Nous", y que su delicadeza convenza a las jóvenes suspirosas de ese centro de selección, declamación y pastas. Lo respalda tan sólo, el relativo aguzamiento crítico de tan virtuosas damas para quienes recién se inicia el ciclo de Rubén, el maldito de otrora y hoy lleno de aristocracia, con su princesa triste, sus Ledas y sus cisnes, tan desacreditados que hasta han desaparecido de nuestro Parque Zoológico.

Tiene además, Martín Adán un prurito fatalista de ser disciplinado. Por lo menos, así era Rafael de La Fuente, en el "Deutsche Schule". De nacer en otro tiempo habría sido partidario de García Moreno, y es dueño de una excelente pasta de soldado. Por eso hay que desconfiar de los malabarismos y contorsiones de su literatura. Mucha voluntad vigilante ha entrenado ese estilo. Y Martín Adán que es un gran masajista literario, ha delgazado su manera, la ha obligado a la acrobacia, le ha enseñado el volantín, el triple salto mortal, la caída del ángel y el paso de la muerte, a fuerza de cuidados, de firme decisión de ser dislocado. Gitano de su verbo, lo raptó cuando apenas balbuceaba, y ha logrado romperle las articulaciones para obligarle a todo género de piruetas. Luce, por eso, un desenfado que ya quisieran para sí los hombres públicos que marchan a Europa con la ilusión de Voronoff. . .

"La Casa de Cartón" abre sus puertas frágiles a la curiosidad lectora. Un buen gusto alerta, unas podaderas incansables, un autentico sentido artístico, han levantado estas murallas de juguetes, en las que Ramón tiene sus desvaríos adolescentes. Perfectamente adolescentes. El sexo asoma, urgente pero inexperto, y hay deleite disimulado entre exquisiteces verbales, cuando surge Catita, o aunque sea la tia gorda, de la bata de motitas, está Ramón en la edad en que toda mujer parece angelical. Pero, así, por eso mismo, "La Casa de Cartón" va a convertirse en la Casa de Orates, para muchos críticos nacionales. Mal hace Martín Adán en darles de repente, prosa que va a soliviantar lo poco de sentido que aún quede olvidado dentro de sus cráneos.

Ya se hablará de Eguren, cuando asome el libro. Eguren, en efecto, a quien dedica el tomo, fue el númen tutelar de la infancia de Martín. El le enseñó el amor a la palabra arisca y pudorosa; el desafecto por el vocablo duro y plebeyo; el fervor de imaginero renacentista para su prosa, una patente de artista paciente tenaz, delicadísimo. Pero Martín se emancipó de Eguren, porque no es fácil que nadie pueda permanecer en ese mundo único de José María. La realidad no la aislan así nomás, los poetas. Y Eguren es en la literatura americana un caso único y formidable de imaginero efectivamente suprarrealista, un creador de cosmos, un engendrador de figuras con técnica y teología definitivamente personales. Vallejos, el otro gran poeta nuestro, entra a la literatura bajo el signo de Herrera Reissig, pero le gana la vida. Hay sangre auténtica en sus poemas, como hay sueño celeste en Eguren como hay vida, pero sin dolor aún sino crispaciones todavía sin agonía, en Martín Adán. A este adolescente emancipado le hace falta vivir. No ha salido del colegio "Stephen Dédalus". Y sin embargo, "La Casa de Cartón" escandaliza a las derechas y será juguete de niños, rabieta de gentes mayores.

El lector no debe dejar que lo estafen. Me he erigido policía suyo, para que no crea muchas de las actitudes de Martín, la primera: no tenga fé en su des-

labazamiento. Fue -lo sé- un aprovechado y disciplinado estudiante de Castellano, y se sabía a la perfección las reglas de concordancia, el método de los diformismos, la razón semántica de la ortografía. Además quiere mucho su prosa, su estilo, para desampararlo. Recuérdese lo del masajista y lo del gitano de su verbo, y con ello pienso ganarme una adhesión estusiástica.

Este escritor recién aparecido tiene una rara manera de salir a la palestra. Aparece en trío, pero en trío belicoso, como tiene madera y personalidad, aguanta enbestidas. No se trata de un mequetrefe al que le asustan las disputas. Aunque Eguren le enseñara a ser pudoroso, él, antes había gustado de cierta coprolalia en sus escritos. El cigarrillo, la coprolalia: cómplices de la pérdida de su vocación clerical. Ahora, será difícil que enderece el rumbo. Alguien ha dicho que el mundo gira hacia la izquierda. No hay más remedio. Pero, eso sí, él entiende la izquierda literaria, totalmente apolítica. Totalmente artística, totalmente literaria. Y si la humanidad no quiere vivir con la política, estoy seguro de que "La Casa de Cartón" la levantó Martín en el limbo, en las nubes, en cualquier parte, adonde sólo le alcance el rumor de sus aficiones literarias y en donde pueda hacerse la ilusión de ser clerical y civilista. Sólo que el civilismo no es ya un partido, sino un modo de ser, un término que en vez de estar en Burgueses, en Schmoller, en el amigo Távara. (Comercio, año 862) debe figurar en Freud o en el doctor Delgado.

Mi querido Martín: rechacé lo de su filiación a Anatole France; usted no es necrófago. Y ya France, para nuestro criterio artístico lleno de vitalismo ha quedado expuesto como "un cadaver". Porque hasta en Eguren se encuentra la pasión y la inquietud. Y usted que leyó poco a "Antonio Azorín", pero que antes del ejemplar castellano de "El artista adolescente" ensayó una traducción de Stephen Dédalus, sabe muy bien que no es escepticismo lo que inspira su visión de las cosas, sino una inquietud por hallar lo cierto, y la vacilación de estar pisando en el vacío. Agonía, pero silenciosa y pudibunda. El crepúsculo de una suave doncella del santoral.

Luis Alberto Sánchez

INDICE

Pag. No.	Prólogo Pasajeros
Pag. No. 9	Texto Pasajeros.
Pag. No. 49	Apendice inservible.
Pag. No. 53	Prólogo a La Casa de Cartón.

*Este libro se terminó
de imprimir en Print Colors S.A.
Antonio de Elizalde 870
Junio de 1984*



3 9001 01892 7098

000075

011750

**BARCODE
INSIDE**

